

La Ilustración Artística



Año XIX

BARCELONA 26 DE NOVIEMBRE DE 1900

Núm. 987

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ESPERANDO LAS BARCAS, dibujo original de Manuel Domínguez

ADVERTENCIA

Tenemos el gusto de anunciar á los suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL que estamos encuadernando la interesante y famosa novela de Enrique Sienkiewicz QUO VADIS? que repartiremos como quinto y último tomo de la serie de 1900. La edición que publicamos, cuidadosamente traducida y sin alteraciones ni supresiones que desfiguren la obra original, irá ilustrada con multitud de láminas dibujadas por el notable artista C. Minardii.

SUMARIO

Texto. - Crónica de la Exposición de París. Resumen, por Juan B. Enseñat. - La sonrisa de Iwonne, por Julián Berr de Turique. - La estatua, por P. Gómez Candela. - La escenografía y las obras de Wagner, por R. - El congreso iberoamericano, por X. - Nuestros grabados. - Miscelánea. - Problema de ajedrez. - El último caballero, novela original de D. Florencio Moreno Godino, con ilustraciones de Cutanda. - La sucursal de la casa «Singer» en Barcelona. - Proyecto de edificio para el «Círculo Mallorquín» de Palma de Mallorca, por L.

Grabados. - Esperando las barcas, dibujo original de Manuel Domínguez. - Dos dibujos de G. Dutriac que ilustran el artículo titulado La sonrisa de Iwonne. - Las cigarras, cuadro de Luis Alleaume. - Las hijas del Rhin, Alberico apoderándose del oro, La serpiente, de la ópera de Wagner «El oro del Rhin» - Sigfrido partiendo el yunque con la espada «Notung» en la ópera de Wagner «Sigfrido». - Sevilla. El aguador, dibujo original de Ricardo Brugada. - Un rincón de Granada, dibujo original de Isidoro Marín. - Congreso iberoamericano. Grupo de congresistas. - Te en la presidencia del Consejo de Ministros. - La sucursal de la casa «Singer» en Barcelona, dos grabados. - Proyecto de edificio para el «Círculo Mallorquín» de Palma de Mallorca, original de los arquitectos barceloneses D. Luis Callén y D. Miguel Madorell. - En el mar, dibujo original de Antonio Fuster.

CRÓNICAS DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

RESUMEN

Ese emporio del arte, de la ciencia y de la industria universales acabó de existir; la maravillosa ciudad improvisada á orillas del Sena, ha sido entregada á la piqueta demolidora de los albañiles. Y causa profunda melancolía el pensar que esos palacios, esos pabellones, esos múltiples edificios, obras maestras de ingeniosidad y de arte, no serán en breve más que montones de escombros.

Los innumerables productos del trabajo humano, reunido, no sin grandes dificultades, en las galerías de esos edificios, serán dispersados por todos los ámbitos de la tierra.

De esa obra grandiosa que ha constituido la Exposición, quedarán sin duda preciosos recuerdos, tales como los palacios de los Campos Elíseos y el puente de Alejandro III; pero del brillo deslumbrador de esa «feria del mundo», no quedará un destello siquiera.

Se acabó.

* *

Y cabe preguntar si realmente hay compensación entre el esfuerzo enorme que representa una Exposición como la que acaba y el resultado obtenido de ella.

Durante cinco ó seis años, una falange de artistas y hombres de ciencia han consagrado sus aptitudes y sus esfuerzos á un cúmulo de estudios, trabajos y luchas para vencer dificultades, allanar obstáculos y realizar proyectos; arquitectos, albañiles, pintores y escultores han rivalizado en inventiva y actividad para crear un admirable conjunto de bellos edificios, y esa ciudad mágica, que resume todos los esplendores de las grandes capitales de ambos hemisferios, que condensa todas las civilizaciones de la tierra, es entregada seis meses después de su terminación al vandalismo de los demolidores.

Hay en eso algo que nos parece monstruoso.

Sin embargo, es preciso que nos resignemos. La Exposición estaba condenada á desaparecer, y desaparece en el apogeo de su magnificencia y de su esplendor, ante los pueblos deslumbrados y tristes; y con ella sucumbe nuestro siglo, siglo de sangre y de oro, pero también siglo de inmensa labor, que será más glorioso en la historia por sus obreros mecánicos que por sus guerreros.

* *

La Exposición tropezó al principio con grandes dificultades. Muy retrasada en la fecha de su inauguración, fué tratada con rigor injusto, con cierto menosprecio y hasta con mofa por el mismo París, á quien iba á proporcionar, sin embargo, un nuevo elemento de esplendor y de riqueza.

Los parisienses, cansados de dos años de discordias, aspiraban á la tranquilidad. La perspectiva de seis meses de nuevos tumultos, aunque éstos tuviesen que ser alegres, les seducía muy poco. Pensaban en la próxima invasión de forasteros, que iba á causarles toda clase de molestias; temían el aumento de precio de todos los artículos de primera necesidad; presumían la trepidación enervante de un exceso de vida cosmopolita y jovial. Mas pronto olvidaron su misantropía y fueron conquistados por la Exposición. Les pareció hermosa y no tardaron en sentirse orgullosos de su éxito. Fueron á visitar los palacios de granito y de mármol de los Campos Elíseos; admiraron la curva osada y graciosa del puente de Alejandro, y esa mágica transformación de las márgenes del Sena, cuyas aguas reflejaban el más gracioso conjunto de pabellones, terrazas y palacios, y el Campo de Marte con sus maravillas artísticas é industriales, y el Trocadero con su exotismo pintoresco y variado hasta el infinito.

La Exposición triunfaba.

Y los parisienses, puestos de buen humor, se dispusieron á hacer graciosamente los honores de las dos ciudades.

Y los visitantes, procedentes de las cuatro partes del mundo, afluyeron á París. La gran capital viose convertida en otra Torre de Babel. La mayor parte de los convidados acudieron. Los desdeñosos han sido escasos. Y aun éstos han tenido sus motivos para abstenerse. Unos han estado ocupados en el Sur de Africa, á tres mil millas de la torre Eiffel, en una «operación de policía» que tomaba mal sesgo; otros, monarcas con cuya visita contaban los franceses, han tenido que sacrificarse en aras de la diplomacia, y han permanecido en el Oriente de Europa, con los ojos puestos en el Oriente del Asia.

Pero, en cambio, han venido muchísimos americanos del Norte y del Sur; muchos belgas, italianos, españoles y rusos, y un número inusitado de alemanes. La leyenda pretende que el mismo kaiser ha venido de incógnito. Verdadera ó falsa, esa imperial curiosidad ha satisfecho el amor propio de los parisienses.

París acabó por entregarse á la alegría. Soberbias fiestas han reunido en el Elíseo, en la presidencia de la Cámara, en los ministerios, la flor y nata de la sociedad parisiense, de la colonia extranjera y de los huéspedes accidentales de la gran ciudad. Las tradiciones de la vieja Francia, generosa y cortés, se veían continuadas por la joven República. Ésta se ha portado como una gran señora, á pesar de su gorro frigio.

* *

El tiempo, excepcionalmente hermoso, ha favorecido la Exposición desde el principio hasta el fin. Dado el impulso, difundida la plausible nueva, propagado el ejemplo, los visitantes han ido progresivamente en aumento, hasta invadirlo y llenarlo todo. Y no todos los monarcas han tenido razones de Estado para abstenerse de venir ó para venir de incógnito.

Hemos recibido la visita de Oscar II, que siendo rey de Suecia, parece aún tan francés como su abuelo Bernadote. Hemos tenido de huésped al shah de Persia, monarca de magia, con sus diamantes, sus caprichos y su fatalismo oriental. El rey de Grecia ha pasado aquí una larga temporada, y el buen Leopoldo de Bélgica parecía haber fijado definitivamente su residencia en París. Y para que la nota cómica siguiese á la dramática, después del atentado contra Mozaffer-ed-Dine, hemos tenido la huída del príncipe Inkanthor.

Los últimos días de la Exposición han sido triunfales.

* *

En ese brillante cuadro ha habido una mancha negra. El público parecía haberse confabulado para negar su concurso á una infinidad de empresas creadas á las sombras de la Exposición. Los espectáculos de la calle de París y del Trocadero, los restaurants del Campo de Marte y de las orillas del río, todas las especulaciones basadas en una concurrencia que había de ser enorme para que cubriese los gastos, han sido más ó menos ruinosas.

Ello no podía ser menos. Los empresarios contaban con la candidez del público, y éste se ha contentado con presenciar el charlatanismo exterior de los teatros, sin querer dejar en la taquilla los francos que costaba ver las maravillas del interior.

Pero el fiasco de esas empresas corrobora el éxito de la verdadera Exposición, de esa en que los histriones de Montmartre no agitaban sus cascabeles.

Ya todo se acabó.

El día 12 del mes actual, el cañón de la torre Eiffel anunció la última iluminación de la Gran Kermese, y la retreta sonó por última vez desde la cascada luminosa hasta el Trocadero y desde la sección colonial hasta los Inválidos.

Hoy lueven martillazos de embalaje sobre todas las maravillas expuestas; hoy lueven también golpes de piqueta sobre todos los palacios que durante seis meses han servido de albergue á la feria universal.

Pero el recuerdo de la Exposición no se borrará jamás en la memoria de los que han tenido ocasión de visitarla. Y recordando, ya libres de su influencia sugestiva, lo bueno y lo malo, lo superior y lo deficiente que hayan visto en el universal concurso, pensarán sin duda:

Ciertamente se hacen hoy cañones de más potencia que hace dos siglos; pero no se construyen tan hermosos edificios, á menos de copiarlos sobre las ruinas del pasado.

La química ha perfeccionado sus análisis y sus sistemas; pero la arquitectura parece haber olvidado su dibujo.

Había, en esos palacios, admirables telas... sumamente baratas; pero han sido calcadas sobre modelos antiguos, tan caros que sólo á las reinas les era dado adornarse con ellos, pero que sobrevivían á la moda efímera de una estación, mientras que las producciones del día duran menos que las estaciones.

Había porcelanas de Sevres y de Copenhague, tan finas como las antiguas de Sajonia; tapices imitados de los viejos Gobelinos y que el arte de los modernos operarios hace envejecer casi instantáneamente en el telar; cuadros que quieren parecer pintados por artistas primitivos; palacios que habían tomado sus columnas de la Grecia, sus frisos de mosaico al arte bizantino y sus puertas al Renacimiento; muestras de fachadas alemanas, belgas, españolas, italianas, inglesas, vienesas, holandesas, monegascas, moscovitas y suecas, copiadas de antiguos edificios que la vida contemporánea ha dejado intactos; una Suiza cuyas montañas y chalets habían venido en tren de recreo, tomando billete de ida y vuelta valadero por seis meses; una reducción de Birmania, de Cambodge y de Ceylán; Madagascar, la Andalucía, la Provenza y el Poitou en miniatura; el Egipto en un palacio, la Argelia en un pabellón, la China en un quiosco, Túnez en una vitrina y el mundo entero, en fin, al pie de la torre Eiffel, sin contar la luna puesta al alcance de la mano.

Para compensarnos del espantoso desorden de la clasificación, hemos tenido exquisitas exposiciones centenales, que nos han enseñado las obras de nuestros padres al lado de las imitaciones ó de las parodias de sus hijos.

Hemos visto automóviles y palanquines, teléfonos y candiles, cañones Maxim y armaduras, buques acorazados y carabelas, máquinas gigantes y útiles ingeniosos, armas y flores, inventos y anticuallas.

La cascada luminosa era horrible; pero no tenía la culpa la luz eléctrica, sino los encargados de convertirla en juegos de colores.

Las fiestas nada han tenido de sorprendentes; pero el público se ha divertido en ellas, porque llevaba la alegría en el alma.

* *

Mientras tanto, los ingleses han continuado sus etapas en la fría y pausada conquista de nuevos territorios; Alemania ha encontrado el medio de venir á establecer, en el mismo París, un mercado industrial y comercial que sus enormes progresos harán sin duda fecundo en resultados favorables, á costa de la industria y del comercio francés, que en ciertos ramos de la producción permanecen estacionarios; España ha presentado más muestras de su perdida grandeza que de sus actuales elementos de vida; Austria é Italia se han presentado á concurso como naciones industriales de primer orden; Rusia ha hecho ostentación de su poderío; la mayor parte de las naciones europeas se han mostrado deseosas de no quedarse rezagadas en la marcha del progreso, y la joven América ha dado patentes pruebas de haber entrado de lleno en el movimiento de la civilización actual.

Y en cuanto á Francia, si bien la hemos visto algo deficiente en algunos ramos de la industria, ha demostrado que, á través de sus reveses nacionales y de sus vicisitudes políticas, no ha perdido nada de su antiguo esplendor, y que el nivel moral de la masa del país se ha elevado de un modo considerable desde la última Exposición Universal.

JUAN B. ENSEÑAT.

LA SONRISA DE IVONNE



Felipe Delval, al recibo de una esquela de su tía, había ido á visitar á la buena señora.

— ¡Ah! ¡Por fin te veo, tunante, olvidadizo!, exclamó la anciana haciendo sentar á su sobrino delante de ella en el salón. ¡Conque es preciso mandarte á buscar para verte!

El joven, como de costumbre, comenzó por excusarse.

— ¡Vamos, tía! Veo que me guarda usted rencor y va á ser preciso que para defenderme apele á todos los testimonios...

— ¿Defenderte?.. ¿Y qué defensa cabe de tu conducta, mal sobrino?.. ¡Qué! No tienes más que una tía y permaneces semanas enteras sin venir á verla... ¡Y si me hubiese muerto desde tu última visita!.. ¡Vaya unos remordimientos que tendrías!

— ¡Oh, tía! La salud de usted, gracias á Dios...

— ¿Mi salud? Desgraciadamente va de mal en peor, y á los setenta años bien cumplidos... Y si á lo menos te excusara la ausencia; pero viviendo, como vives, en París, casi al lado de mi casa, ¡es poco caritativo tu proceder!

Y viendo que Felipe hacía un gesto como de protesta, añadió.

— ¡Vamos, confíesalo sin reparo!.. Esa horrible vida de soltero no te deja un momento libre. ¡Está uno tan ocupado cuando no tiene nada que hacer!

Y antes de que su sobrino pudiera contestarle, siguió diciendo:

— ¡Sí, ya sé lo que me espera! Dejar este mundo sin haber tenido el gusto de verte casado con aquella que yo te destinaba.

Felipe se sonrió con expresión de triunfo; acababa de encontrar el argumento decisivo que había de poner término á los reproches de su tía.

— ¡Vamos, ya lo esperaba!.. Ya tenemos la alusión al matrimonio.

— ¿Y qué? ¿Hay en ello algún mal?

— ¿Que si hay algún mal? ¿Y me lo pregunta?

— ¡Pues no he de preguntártelo!

— ¿Que si hay en ello algún mal? ¡Vaya si lo hay!..

Cada vez que vengo á ver á usted por el solo placer de verla, sin ninguna segunda intención, desde nuestras primeras frases me lanza usted la invitación al matrimonio... Sí, tía; esto es ya una costumbre en usted; y como ya le he dicho mil veces que no quiero casarme con su protegida, pareceme ocioso entablar una discusión que no tiene objeto alguno.

— ¿Y pasas por delante de mi casa sin subir?

— ¡Qué quiere usted, si estas discusiones acaban siempre por disgustarnos!

— ¿Es verdad lo que dices? ¿Es esta la única causa de que tus visitas sean tan escasas?

— La única.

La señora Bajourel no pudo contener, á su vez, una sonrisa.

— ¡Vamos, no está mal forjada la excusa! Veo con satisfacción que harás carrera en la diplomacia.

Y añadió al cabo de un momento.

— ¡Ea!, te lo juro; no volveré á hablarte nunca más de Ivonne.

— ¡Ah, cuánto se lo agradeceré á usted!

— Y en lo sucesivo podrás hacer lo que se te antoje, vivir como solterón egoísta, prepararte una vejez espantosa, pasar junto á la dicha sin aprovecharla y casarte mañana ó dentro de diez años con tu

— Aunque, según me has dicho, no tienes por ahora ningunas ganas de casarte, supongo que no rechazarías un gran partido en el caso de que se presentara.

— Evidentemente.

— Bueno; ya tenemos planteada la cuestión en su punto de vista general. Vamos ahora á los detalles... ¿Negarás que mi sobrina Ivonne es muy bonita?

— No lo niego.

— ¿Que además de ser muy bonita es bastante rica?

— Admitido.

— ¿Que es de buena familia?

— Conforme.

— ¿Pues entonces?

— ¡Entonces... entonces!

Felipe no sabía qué contestar; sin embargo, después de algunos instantes de reflexión replicó:

— No juraré que algún día no me case con una joven menos bonita, menos rica que Ivonne y de familia no tan buena como la suya; pero ¡qué le hemos de hacer! Ivonne, á pesar de todas sus buenas cualidades, me... ¡cómo lo diré!.. Sí, esto es... me asusta positivamente.

— No te entiendo.

— Es una muchacha... una pariente... á quien habré encontrado tal vez veinticinco veces en esta casa... y jamás la he visto sonreírse.

— ¡Comprendido!

— ¡Conque tú necesitas chicas alegres, no es verdad?

— Si no alegres, á lo menos no las quiero tristes, y mi deseo es que mi mujer no se pasee por mi casa con aire de entierro.

— En fin, habla. ¿Qué es lo que exiges para casarte con Ivonne?

— En primer lugar, no se trata todavía de casarme con ella; se trata sencillamente de examinar si no me niego por de pronto rotundamente á tomarla por esposa... Pues bien: para hacer esta concesión pido...; no dirá usted que sea exigente, pido verla sonreírse.

Y el ladino muchacho murmuró para sus adentros: «De este modo estoy tranquilo, y mi bondadosa tía me dejará en paz, porque el rostro de Ivonne no se alegraría ni siquiera viendo representar á la vez las más graciosas comedias.»

— ¿La sonrisa de Ivonne?, dijo la señora Bajourel. La verdad es que hace mucho tiempo que tampoco yo la he visto sonreírse...; casi desde que ella era una niña... Pero, en fin, intentaré hacerte ver esta sonrisa, si no necesitas más que esto para ser feliz.

— Corriente; pruebe usted, tía, pruebe usted...; y el día en que crea que ha llegado el momento, avíseme.

Y añadió con acento zumbón:

— Aseguro á usted que daría cualquier cosa por verlo.

— ¡Pobre muchacha!

— No es culpa mía... De fijo que Ivonne vino al mundo el día de Difuntos... Y como yo nací en martes de Carnaval, no es posible que congeniemos.



Y adoptando un aire de resignación, Felipe se arrellanó en el sofá

ama de llaves. Perfectamente, todo lo apruebo de antemano y cierro la boca.

— ¡Bravo!

— Pero, dando y tomando, lo cual quiere decir que vendrás á verme todas las semanas, ¿te conformas?

— Lo prometo.

El sobrino y la tía cambiaron un afectuoso apretón de manos, como si con él quisieran sellar el pacto que acababan de hacer, y después de unos segundos de silencio, la señora Bajourel añadió:

— Pero la visita de hoy no entra en el convenio.

— ¡Bueno!

— Y sólo á partir de la próxima comenzaré á cumplir las condiciones del contrato; así es que por hoy es preciso que me escuches, quieras que no.

— ¡Pero tía!

— No hay tía que valga... Es necesario que te diga por última vez lo que tengo sobre mi alma.

— En fin, si ha de ser la última de las últimas veces...

Y adoptando un aire de resignación, Felipe se arrellanó en el sofá, dejó escapar ese leve suspiro que lanza un espectador á quien se obliga á ver una comedia archiconocida, y esperó.

— Ante todo, dijo la señora Bajourel, siendo como eres un hombre de clara inteligencia, has de convenir conmigo en que un joven que pasa de los treinta no puede prolongar por mucho tiempo la vida que tú llevas.

— ¡Tía, por Dios!

Y en realidad Ivonne, que se acercaba á los veintidós años, hacía muchos que no se había sonreído: allí donde sus amigas se divertían, ella parecía indiferente, y tal espectáculo, que agradaba á los demás, resultaba, al parecer, aburrido para ella.

— ¿Qué le pasará?, se preguntaron al principio sus padres.

Y habían querido encontrar en la salud de su hija la causa de una disposición de ánimo tan excepcional en una joven de su edad; pero Ivonne comía bien; su tez seguía ofreciendo un color sonrosado, y lejos de quejarse, decía á cuantos querían oírlo que se encontraba perfectamente. ¿Qué tenía, pues? Habíanse celebrado varios consejos de familia en los cuales, por supuesto, había tomado parte la señora Bajourel en su cualidad de tía decana; pero aquellos conciliábulos no habían dado el menor rayo de luz.

Sus padres habían intentado todos los recursos: bailes, teatros, viajes; pero todas estas probaturas no dieron resultado alguno. Spleen, neurastenia, hipocondría, cada uno de sus parientes daba un nombre especial á la enfermedad de Ivonne; pero en lo tocante al remedio, nadie había encontrado aún el medio de descubrirlo.

Así es que todos acabaron por renunciar á una esperanza de mejoría en el estado de la pobre muchacha, y hasta sus mismos padres se conformaron con aquella tristeza incomprensible.

La única que no desesperaba era la tía Bajourel. — Dejadme por un mes á Ivonne, dijo; la llevaré á Suiza y esto la distraerá.

— Como usted quiera, tía.

Y la anciana y la joven, partieron para Vevey. ¿Qué sucedió durante aquel viaje? ¿Hubo confidencia, confesión, adivinación ó sorpresa?

Nadie lo supo; pero cuando regresaron de aquel viaje, si la joven parecía tan triste como antes, la tía en cambio mostrábase mucho más confiada.

— ¿Qué tal?, le preguntaron los padres apenas llegaron las viajeras, á quienes habían ido á esperar á la estación.

— ¡La cosa va bien!, había contestado en voz baja la señora Bajourel. Creo que la curaremos.

— ¿Ha descubierto usted su enfermedad?

— Tal vez sí.

— ¿Es de la cabeza, es del cerebro?

— No, no, está más abajo, en la región del corazón... Dejadme hacer... Respondo de todo.

— ¿Y será muy larga la cura?

— ¡Caramba, puede que sí!

Felipe llegó á casa de la señora Bajourel.

— Acabo de recibir su carta y he venido en seguida. ¿Qué ocurre?... Por un momento he temido que estuviese usted enferma. Esta cita á las tres y media en punto...

— En efecto, amigo mío, tengo que hablarte...

— Supongo que no será de nada fastidioso.

— Nada de esto... Se trata..., ya sabes, nuestra conversación de la semana pasada.

— ¡Ah, sí, de Ivonne! Y bien, ¿se ha sonreído?

— Si te dijese que no, serías demasiado feliz; si te dijese que sí, no me creerías. Lo mejor es que tú mismo seas testigo de lo que va á pasar.

— No la comprendo á usted.

— Ya me entenderás... Me prometiste hace algunos días examinar la posibilidad de tu matrimonio con Ivonne en el caso de que ésta se sonriera, ¿no es cierto?

— Sí...

Y Felipe se dijo á sí mismo: «Lo cual no me comprometía á nada.»

— Pues bien: te cojo por la palabra.. Vas á entrar en esta habitación de al lado, te ocultarás detrás de ese cortinaje... Nada más fácil que dejar una pequeña abertura entre las dos cortinas y mirar desde ahí lo que suceda.

— ¡Me asusta usted!

— Y sin embargo, no hay motivo para tanto.

— En fin, haré lo que usted me ordena.

Ivonne, á quien he mandado llamar, vendrá también. Las dos hablaremos como solemos hacerlo cada vez que viene, y tú no tendrás que hacer más que escuchar... Si antes de despedirse de mí conserva, mientras dure su visita, su semblante triste, no habrá pasado nada; tú te irás también, y esta vez completamente libre para siempre de mis obsesiones matrimoniales... Si, por el contrario, se sonríe, habrás perdido el pleito.

— Corriente.

— Han llamado... Es ella... Corriendo, á tu puesto.

— Pero, tía, toda esa comedia...

— ¡Anda, anda, corriendo!

Y la señora Bajourel empujó á su sobrino á la habitación inmediata y se dirigió á la puerta para salir al encuentro de Ivonne, murmurando:

— ¡Comedia, comedia!.. ¡Y qué otra cosa ha de ser!.. Y como toda buena comedia, ha de terminar en boda.

Ivonne entró en la sala.

— Buenos días, querida sobrina; has sido muy amable en venir á ver á tu anciana tía que se aburre en su soledad.

— ¡Oh, querida tía! Ya sabe usted que nunca estoy tan contenta como cuando...

Y la joven, quitándose el sombrero, fué á sentarse al lado de la señora Bajourel.

— ¿Y qué hay de nuevo?, preguntó la anciana.

— Pues nada, tía.

— ¿Y sigues tan triste y malhumorada?

— Ni más alegre ni más triste que de costumbre.

Cada cual tiene su carácter, ¿no es verdad? El mío no me inclina á la alegría ruidosa. Y como, por otra parte, no entiendo que la risa haga la felicidad...

La señora Bajourel, que mientras hablaba trabajaba en una labor de guipure, quedóse por un momento absorta en un cálculo de puntos; después siguió la conversación preguntando con aire indiferente:

— De modo... que eres feliz.

— Sí que lo soy. ¿Por qué quiere que?..

— Es que me había parecido, cuando el viaje que juntas hicimos á Vevey... Había creído adivinar, por la casualidad de una conversación...

— ¿Adivinar qué?, preguntó la joven ruborizándose.

— ¡Oh, nada!.. Sin duda me equivocó.

Y mirando fijamente á Ivonne, añadió:

— ¿Habrá por ventura una especie de pesar en el fondo de ese corazoncito?

— ¡Oh, tía! ¡Cómo puede usted suponer!..

— No supongo nada... Pero me había parecido comprender... Un joven que quizás te hiciera en otro tiempo sentir algo...

— ¡Oh, tía, tía!.. Aseguro á usted..., yo... ¡jamás!

Pero la mirada desconsoladora de la pobre niña desmentía su afirmación, y un instante después sus ojos se llenaron de lágrimas.

Felipe, que observaba desde su escondite aquella escena, no pudo menos de pensar: «¡Hola! Ahora llora, y por consiguiente estamos muy lejos de la esperada sonrisa. ¡Parece que mi tía no podrá estar muy satisfecha de la prueba!»

Pero la señora Bajourel, sin hacer caso del llanto



Felipe fué á arrojarse á los pies de su prima

de su sobrina, iba de un lado á otro de la habitación como si quisiera atraer á la muchacha á otro sitio. De pronto exclamó:

— Estamos mal aquí.

Y transportando su labor al otro extremo del salón, dijo dirigiéndose á Ivonne:

— Ven á sentarte aquí, hija mía.

La joven obedeció y se encontró sentada enfrente del cortinaje detrás del cual estaba Felipe.

— A propósito, dijo la señora Bajourel con acento placentero, ¿hace mucho que no has visto á tu primo?

— Sí, tía, hace mucho tiempo. ¿Por qué me lo pregunta usted?

— Ha venido esta mañana.

— ¡Ah!

Ivonne quiso pronunciar este «¡ah!» con indiferencia, pero su voz temblaba.

La señora Bajourel lo notó, y al cabo de un rato dijo, como si la cosa no tuviera importancia:

— ¿Sabes á qué ha venido?

— ¿Cómo quiere usted que lo adivine?

— Pues ha venido á decirme que te ama y que va á pedir tu mano.

— ¡Ah!

Entonces sí que brotó de los labios de Ivonne una sonrisa, ¡y qué sonrisa!

Felipe, que como hemos dicho estaba escondido precisamente delante de la joven, debió comprender todo lo que aquella sonrisa significaba, porque saliéndose desatinado de su escondite, fué á arrojarse á los pies de su prima exclamando:

— ¿De modo que me amaba?

— ¡Pues claro está, bergante!, contestó la anciana.

Y luego añadió entre risueña y seria:

— ¡Cuidadito, eh! Ahora la has hecho sonreírse.

¡Ay de ti si algún día la haces llorar!

JULIÁN BERR DE TURIQUE.

LA ESTATUA

Era Ledia una de esas mujeres tentadoras y sugestivas á quienes es imposible ver sin sentir el deseo de amarlas; y sin embargo, ella, más indiferente que coqueta, jamás había pensado en el amor.

Muy niña aún, quedó huérfana; y confiada su educación á personas extrañas, apenas si sus más fuertes afectos pasaron del respeto y la simpatía.

A los veintiún años encontrábase sola y en posesión de una cuantiosa fortuna, y poco después instalábase en un *chalet* encantador, que en otros tiempos había pertenecido á sus padres, y en el que recibía numerosas visitas, se jugaba al tresillo y se bailaba alguna que otra vez.

Ledia con sus amigas, su ama de gobierno, solterona recalcitrante, y sus criadas, vivía feliz cobrando sus rentas y frecuentando reuniones, paseos y teatros, acompañada siempre de aquella señora con aspecto de institutriz, sin que jamás hubiera pasado por la mente de la joven la idea de amar ni ser amada.

Sin embargo, un día en que Ledia se encontraba sola, Arturo, el hijo del general que durante tantos años había sido el amigo íntimo del padre de la joven, se atrevió á declararle su pasión.

Ella le oyó en silencio; aquel discurso, entrecortado á veces por suspiros y exclamaciones, lo había ella leído en alguna parte, en cualquier novela de las que á hurtadillas leyó en el colegio, y no le interesaron, ni poco ni mucho, la fogosidad del enamorado, ni la sinceridad de sus palabras.

Arturo abandonó la casa, seguro de no hallar esperanza á sus anhelos: aquella mujer bellísima era una hermosa estatua.

Transcurrieron varios meses sin que Arturo volviera á visitar á Ledia; pero una tarde presentóse en el *chalet* para despedirse de su dueña: dos días después pensaba comenzar un viaje por Europa para estudiar varios adelantos de su carrera de ingeniero. Al despedirle la joven, estrechándole afectuosamente la mano, le dijo:

— Aunque suspenda por media hora sus preparativos de viaje, espero á usted mañana á las cinco.

Pero Arturo partió para Bruselas sin atender á aquella indicación, y Ledia en un principio airada, concluyó por volver á su indiferencia al ver que había transcurrido más de un año sin tener noticias de Arturo.

Una mañana Ledia recibió una carta de Arturo, fechada en Amsterdam, en la que pudo leer, entre otras, la siguiente lacónica frase:

«Me he casado con una encantadora holandesa que me ha llevado una dote regular.»

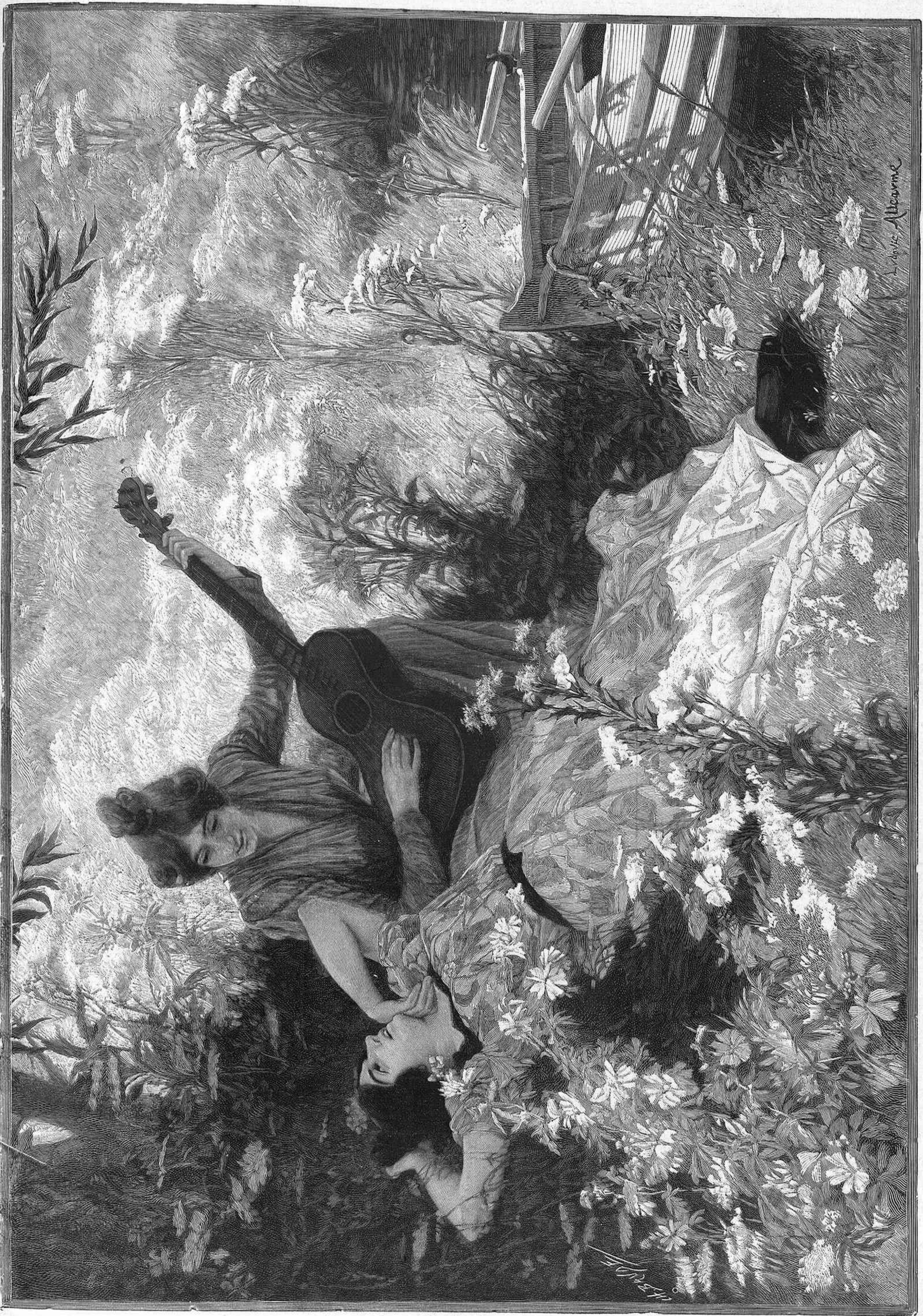
Los ojos de la joven, aquellas inmensas pupilas á las que nunca pudo mirar frente á frente ningún hombre, porque deslumbraaban como el sol; aquellos ojos negros cuyas insistentes miradas nadie pudo resistir sin bajar la vista, se nublaron; una lágrima, la primera que Ledia vertía, rodó por sus mejillas, y la carta se le escapó de la mano. Al fin amaba; pero amaba á Arturo, y ya era tarde.

Hoy Ledia desconfiaba del amor verdadero, y creía firmemente que en él entran por mucho en extraño consorcio el cálculo y el capricho, y que sólo se ama una vez. Por eso, fría, impasible, esfinge admirable, estatua viviente, permanece ajena á las pretensiones de los mil enamorados que la asedian.

Pero cuando alguno de éstos la reprocha diciéndole: «No tiene usted corazón,» si se fijara en el fondo de aquellos grandes ojos, indiferentes y serenos, antes brillantes y hoy apagados, leería una respuesta:

— ¡Mi corazón lo tiene Arturo!

P. GÓMEZ CANDELA.



ATENEU DE
BIBLIOTECA
MADRID

LAS CIGARRAS, cuadro de Luis Alleaume

LA ESCENOGRAFÍA

Y LAS OBRAS DE WAGNER

El estreno de *Sigfrido* representa para nuestro teatro del Liceo un paso más en el camino de la escenografía moderna, de ese arte que, dentro del convencionalismo teatral, tiende no sólo á producir la



Las hijas del Rhin en la ópera «El oro del Rhin»

ilusión de la realidad, sino que también á dar forma verosímil á las más extrañas ó fantásticas creaciones del poeta dramático. Al hacer esta afirmación, no nos referimos al decorado con que la ópera ha sido puesta en escena, pues en este punto hemos visto en el propio Liceo y en otros teatros de esta capital cosas infinitamente mejores que las decoraciones que precedentes de Italia se han estrenado para el *Sigfrido*: el solo nombre de Soler y Rovirosa, del gran maestro, evoca el recuerdo de verdaderas maravillas escenográficas, y de haber sido él, como lo habría sido indudablemente á no habérselo impedido una grave y larga dolencia, el encargado de la *mise en scene*, de fijo que la obra wagneriana habría aparecido á los ojos del público revestida de las galas más esplendentes que para su creación pudiera haber deseado el inmortal músico de Beyreuth.

De todos modos, como antes decimos, la representación de *Sigfrido* en el Liceo significa un progreso, pues en ella se han visto atendidos una porción de detalles de los que no hace aún mucho tiempo se prescindía en absoluto, y empleados recursos escénicos que antes se menospreciaban ó poco menos, y que, sin embargo, si tienen interés siempre, adquieren capital importancia cuando de las óperas de Wagner se trata. Ante todo, debemos felicitar á la dirección escénica por el buen acuerdo de dejar casi á oscuras la sala durante la representación, conforme se hace en los principales teatros de Europa: medida es esta que han de aplaudir cuantos van al teatro para algo más que para hacer ostentación de joyas y trajes; porque, dando mayor relieve á la acción que en el escenario se desarrolla, hace, al mismo tiempo, que la atención se concentre exclusivamente en ella, que el oído aprecie mejor la labor musical y que el espíritu se identifique por entero con la obra que se representa.

En punto á detalles y recursos escénicos, Wagner hizo una revolución casi tan grande como la que realizó musicalmente. Su teoría se sintetiza en el siguiente principio: únicamente por la cooperación de la poesía y las demás artes íntimamente unidas puede alcanzar el drama musical su virtualidad completa é inmediata, y para ello es preciso que cada una de esas artes sacrifique una parte de la independencia que en el transcurso de los años ha conseguido. De aquí que para él nada haya insignificante, pues las cosas al parecer más nimias tienen su valor propio, su puesto

señalado dentro del conjunto armónico de su obra. De aquí también que, buscando valiosos auxiliares, inventara multitud de procedimientos que poderosamente contribuyen á completar la ilusión escénica de sus óperas.

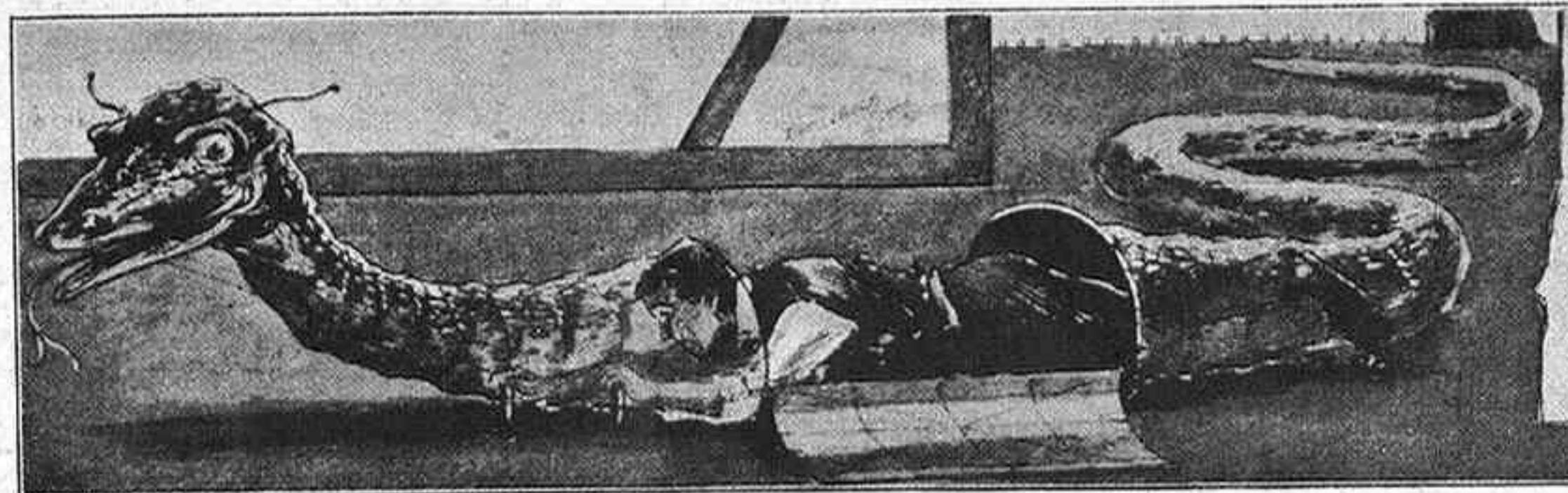
Según el ilustre maestro, todo cuanto hay en el escenario debe tender á expresar la idea del poeta, y por esta razón las descripciones explicativas de lo que la escena representa y las acotaciones son en los libretos de Wagner más detallados que en los de ningún otro autor.

En donde mejor se aprecia el valor de la teoría de Wagner y en donde más ancho campo tiene la imaginación, es en la famosa tetralogía *El anillo de los Nibelungos*, de la que *Sigfrido* forma parte, y acerca de cuya *mise en scene* ha publicado recientemente Gustavo Kobbe, en una revista inglesa, un curioso estudio del cual tomamos algunos datos que creemos interesarán á nuestros lectores, siquiera como nota de actualidad por lo que á *Sigfrido* se refiere, y que servirán de explicación á los grabados que en esta página y en la siguiente reproducimos.

En la primera representación de esta obra en Beyreuth, los efectos escénicos distaron mucho de satisfacer los deseos de Wagner y desagradaron á los más entusiastas admiradores del maestro: el dragón del *Sigfrido* fué el mayor fracaso, y lo que debía ser una escena de interés palpitante, se convirtió en un episodio algo ridículo. En cambio, cuando se estrenó la obra en los Estados Unidos, la escenografía fué admirablemente dirigida y todo el mundo convino en que representaba un gran triunfo del ingenio. Posteriormente, en el mismo Beyreuth, en los principales teatros de Alemania, en la Ópera de París y en otros importantes coliseos de Europa se han realizado en este punto verdaderas maravillas.

Es realmente interesante ver representadas las obras de Wagner, sobre todo la tetralogía, desde dentro del escenario, porque de este modo se forma una idea de la infinidad de preparativos que para representarlas se requieren y de los artificios y combinaciones mecánicas que se emplean para producir los efectos deseados. Sin hablar de todos ellos, porque habríamos de extendernos demasiado, citaremos como ejemplos algunos de los más notables. Cuando en el *Oro del Rhin* el Nibelungo Alberico se transforma en serpiente para probar á Wotán y á Loge que le es dado tomar cualquier forma, ocúltase detrás de una roca é inmediatamente se ve salir una serpiente enorme que cruza la escena haciendo los movimientos ondulantes propios de ese reptil. Para conseguir este efecto, la figura del animal está montada sobre ruedecitas, ocultas por completo á la vista del público; una sección del cuerpo, que se abre y se cierra, permite que en él se introduzca un hombre que, puesto boca abajo y ayudado por dos bastoncitos, pone en movimiento al monstruo, mientras con una cuerda, sujeta entre los dientes, mueve la mandíbula inferior para dejar ver sus terribles colmillos. La cola se compone de varias piezas unidas por alambres y en ella hay dispuestos una especie de estribos que se ajustan á los pies del hombre que va dentro y que, moviendo las piernas como si nadase, hace que aquélla se enrosque y se enderece sucesivamente. El mecanismo resulta sencillo y la ilusión de ver moverse con tanta ligereza un animal tan grande es completa.

Mucho más complicada resulta la escena en que figuran las hijas del Rhin. Al levantarse el telón, dos de ellas aparecen á cierta altura, elevadas por medio de plataformas, y otra está junto á la cima de la gran roca que ocupa el centro del escenario; aquellas nin-



La serpiente de la ópera «El oro del Rhin»

fas nadan ejecutando los más graciosos movimientos, ora elevándose hasta la superficie del agua, ora descendiendo hasta el fondo del río y produciendo una ilusión completa, que aumenta cuando al acercarse Alberico se alejan de él rápidamente en elegantes evoluciones. Poco después Alberico trepa á la cima de la roca, que está formada por dos lienzos entre los cuales hay una escalera por la que aquél asciende, y se apodera del oro del Rhin: éste consis-

te en una caja de lienzo con una de sus caras, la que mira al público, de gasa, y en el interior de la misma hay una lámpara eléctrica que, al encenderse en el momento oportuno, proyecta un reflejo dorado y produce el efecto de un pedazo de oro brillante.

En *Sigfrido*, una de las combinaciones mecánicas más notables y complicadas es la de la escena en que el héroe forja la espada «Nothung»: las llamas que despiden el fuego y el humo que de la fragua se escapan están en perfecta relación con la música. En la fragua hay dos compartimientos con lámparas eléctricas rojas, y mientras Sigfrido mueve los fuelles, un electricista hace girar dichas lámparas de un lado á otro de modo que aumente el resplandor cada vez que se supone que penetra el aire en el hornillo.

Sigfrido no forja más que una espada, y sin embargo para esta operación emplea cinco hojas distintas. Después de echar el material derretido en el molde



Alberico apoderándose del oro en la ópera «El oro del Rhin»

y de introducir éste en la artesa llena de agua para que se enfríe, lo abre y saca de él una hoja de color obscuro; cuando coloca esta hoja nuevamente en el fuego, tiene en la mano otra pintada de rojo para figurar hierro candente, y cuando introduce por segunda vez el molde en la artesa, toma otra negra, que después de pulimentada y trabajada con el martillo, es substituída por una cuarta hoja brillante, la cual, finalmente, se reemplaza con una espada completamente concluída. Estas operaciones se han de hacer con mucha habilidad y ligereza para que el público crea que Sigfrido ha trabajado en la misma hoja desde el principio hasta el fin de la escena.

El dragón Fafner que sale en el segundo acto de *Sigfrido* consiste en un ligero bastidor cubierto de tela pintada de verde, y á fin de economizar espacio y facilitar su transporte se divide en dos mitades, quedando separada del cuerpo la enorme cabeza. Dentro de esta última hay una larga varilla de hierro y unas cuerdas, por medio de las cuales un hombre que está metido dentro del cuerpo la hace moverse de un lado á otro y abre y cierra las fauces del monstruo. El mismo hombre hace girar las luces eléctricas que iluminan los ojos del dragón.

Se ha de tener en cuenta, sin embargo, que el efecto admirable producido por los artificios escénicos que hemos descrito es debido, no tanto á las combinaciones mecánicas de los mismos, ya que bajo este concepto hemos visto cosas indudablemente más portentosas en comedias de magia y en obras de gran espectáculo, como á la conexión íntima que entre ellos y el drama musical existe. Las escenas en que dichos artificios figuran impresionan, no sólo porque en ellas aparezcan nadando las hijas

del Rhin, ni porque las Walkyrias cabalguen entre nubes, ó las llamas envuelvan la roca en que queda aletargada Brunhilda; impresionan sobre todo porque son detalles que dan mayor vida al pensamiento del músico-poeta, haciendo que el escenario aparezca identificado con la creación de Wagner y complete la ilusión que con la conjunción armónica de todos los elementos artísticos se propuso producir en el público aquel genio de la música, cuyo nombre llenará una de las páginas más gloriosas en los anales del presente siglo. — R.

EL CONGRESO IBERO-AMERICANO

El Congreso que recientemente se ha celebrado en Madrid puede ser un acontecimiento de gran trascendencia para el porvenir de los pueblos ibero-americanos.

Respondiendo al llamamiento que el gobierno español les hizo, las repúblicas de la América latina se apresuraron á delegar su representación en las personalidades más ilustres en todos los ramos del saber humano. Los gobiernos, las corporaciones, la prensa, todos se asociaron desde luego con entusiasmo al pensamiento, y lo propio sucedió en España, donde las principales colectividades, así oficiales como particulares, han hecho cuanto ha estado de su parte para el éxito más brillante del Congreso.

La sesión inaugural, que se celebró en el palacio de Museos y Bibliotecas en la tarde del día 10 de este mes, fué verdaderamente solemne, y en los discursos que en ella se pronunciaron se sintetizan las ideas y las aspiraciones que á todos los congresistas animaban. El ministro de Estado al decir que la razón de ser del Congreso no es otra que el deseo de estrechar los vínculos que unen á los que hablan el mismo lenguaje, pertenecen á la misma raza y tienen las mismas costumbres; el Sr. Silvela al afirmar que la obra del Congreso ha de ser el fomento de las relaciones jurídicas y comerciales entre pueblos hermanos, es decir, obra de civilización y de progreso, y el Sr. Sagasta al manifestar su esperanza de que llegue un tiempo en que todas y cada una de las naciones hispano-americanas estimen su prosperidad como la de las demás, se hicieron eco

del espíritu que en España prevalece en el importantísimo problema de las relaciones entre nuestra patria y las hijas emancipadas. El Sr. Sierra, representante de Méjico, al hablar en nombre de todos los delegados americanos y sentar la afirmación de que están perdidos los hispano americanos si no saben conser-

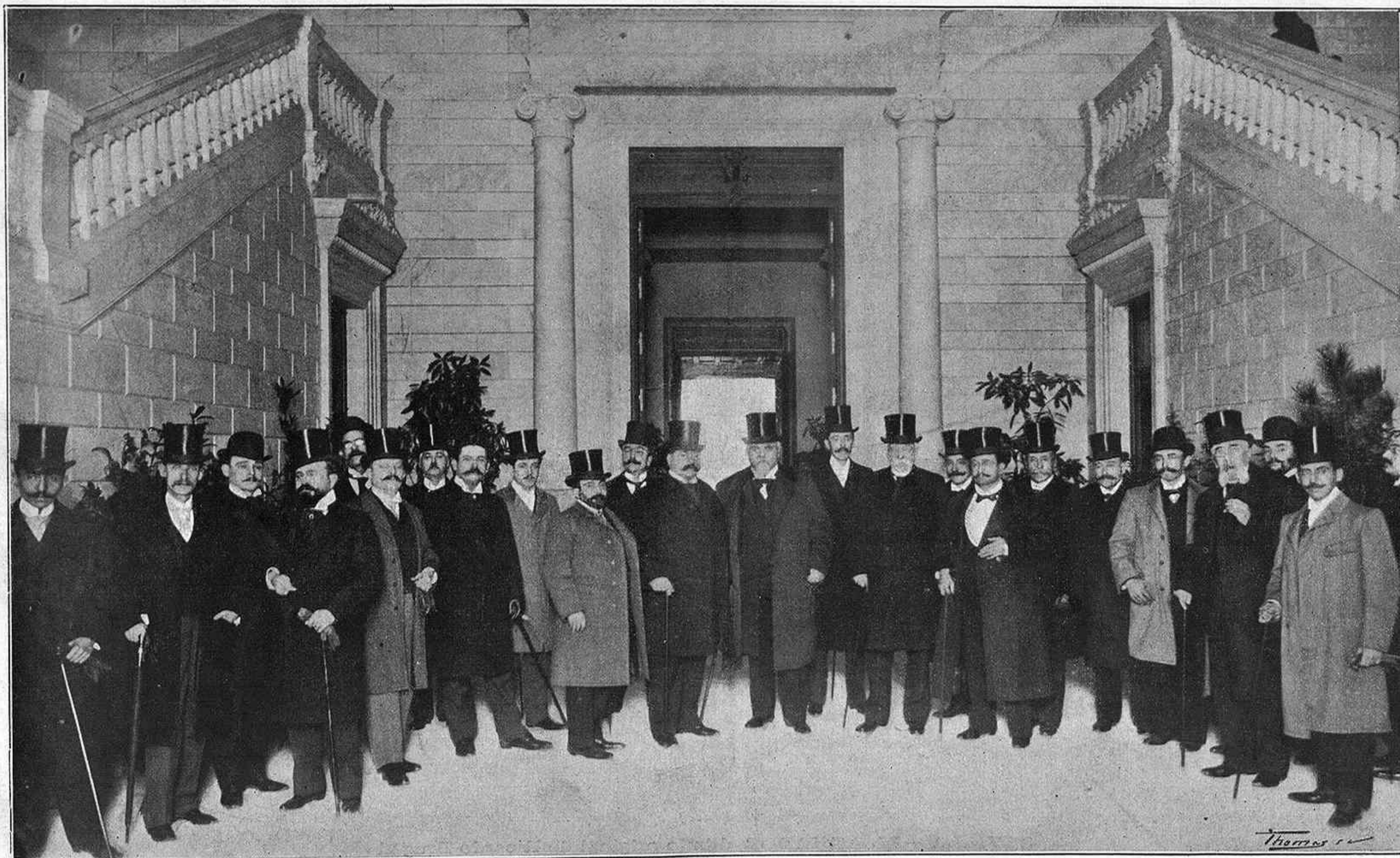
var los caracteres distintivos de su personalidad, indicó el único camino que pueden seguir los estados de América si no quieren, en un plazo más ó menos largo, ser absorbidos por la voracidad de los anglosajones. Y por último, el Sr. Rodríguez Sampederro, presidente de la comisión organizadora, señaló la verdadera finalidad del Congreso cuando dijo que la unión que se desea entre España y América no significa la iniciación de una era de aventuras, sino que tiene por principal carácter representar una obra de armonía y de paz, sentando las bases sobre las cuales se ha de desenvolver en lo sucesivo la vida política, jurídica, comercial y artística de España y de todos los estados ibero-americanos.

A estas ideas de unión y fraternidad han respondido, así la designación de los presidentes honorarios, como los trabajos parciales de las distintas secciones en que se dividió el Congreso. Para las presidencias honorarias fueron nombrados los Sres. Silvela, como firmante del decreto de convocatoria; Sagasta; Sierra, representante de Méjico; López Domínguez; Zaldívar, ex presidente de la República del Salvador; marqués de la Vega de Armijo; Medina, representante de Nicaragua; Moret; Breck, representante de Chile; duque de Tetuán; Lembecke, marqués de Comillas; Machain, representante del Paraguay; Jiménez Gil; Carrera, representante de Guatemala; Balaguer, Calzado, Núñez de Arce, Pi y Margall, Echeagaray, Alonso Criado y Menéndez Pelayo. La presidencia efectiva correspondió á nuestro ministro de Estado señor marqués de Aguilar de Campoó y las vicepresidencias y secretarías fueron distribuídas entre españoles y americanos.

En cuanto á los trabajos de las secciones, todos han tendido á estrechar más y más los lazos de unión entre España y las naciones de la América latina, así los que responden á intereses puramente materiales, como los que afectan al orden moral é intelectual. Las conclusiones que se han adoptado tienen un carácter eminentemente práctico, y aun cuando por la índole del Congreso no revisten fuerza obligatoria, entrañan importancia y trascendencia grandes, de una parte porque son reflejo fiel de los pensamientos y aspiraciones de toda la raza ibero-



Sigfrido partiendo el yunque con la espada *Nothung* en la ópera *Sigfrido*



CONGRESO IBERO-AMERICANO. — GRUPO DE CONGRESISTAS (de fotografía de Cifuentes)



SEVILLA. — EL AGUADOR, dibujo original de Ricardo Brugada



ATENEU DE
BIBLIOTECA
* MADRID *

UN RINCÓN DE GRANADA, dibujo original de Isidoro Marín

americana, clara y terminantemente expresados por los que constituyen la genuina representación de todos los pueblos y elementos que la componen, y de otra, porque las personalidades que en su redacción y aprobación han contribuido gozan en sus patrias respectivas de tan grande como merecida respetabilidad y se hallan en condiciones, no sólo de influir poderosamente en la opinión de sus compatriotas, sino que también de hacer, en plazo más ó menos corto, traducir en leyes los que ahora se han manifestado como deseos vehementes y unánimes.

En esto estriba indudablemente la trascendencia del Congreso: en la expresión de una aspiración noble y levantada y en la posibilidad de que esta aspiración se convierta en realidad. El Congreso ha arrojado la semilla; el terreno está abonado para que prospere; ahora sólo falta que quienes pueden y deben la cultiven para que algún día dé los apetecidos frutos.

Varios han sido los festejos que en honor de los congresistas se han organizado. El te en la presidencia del Consejo de Ministros estuvo concurridísimo; la recepción en palacio fué magnífica, como todas las fiestas que en el real alcázar se celebran; las funciones de gala en el Real y en el Español resultaron espléndidas, y en la velada en la Asociación de la Prensa leyeron inspiradas composiciones nuestros poetas más celebrados. Aparte de estos obsequios de carácter general, ha habido otros de carácter más íntimo, como el banquete que la prensa madrileña dió en honor de los periodistas americanos, banquete en el cual los representantes de los principales periódicos de España y de América se ofrecieron á contribuir con los poderosos medios de que la prensa dispone á la realización de la obra que tan beneficiosa puede ser para todos los pueblos que hablan el idioma castellano.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que ha tenido siempre un especial afecto para nuestros hermanos de América y en cuyas columnas se ha consagrado la debida atención á los sucesos que allí se desarrollan, se asocia con entusiasmo á la obra del Congreso ibero-americano y envía su más entusiasta felicitación á sus organizadores y su saludo más cariñoso á los que desde el nuevo mundo han venido á rendir este tributo de consideración á la antigua madre patria. — X.

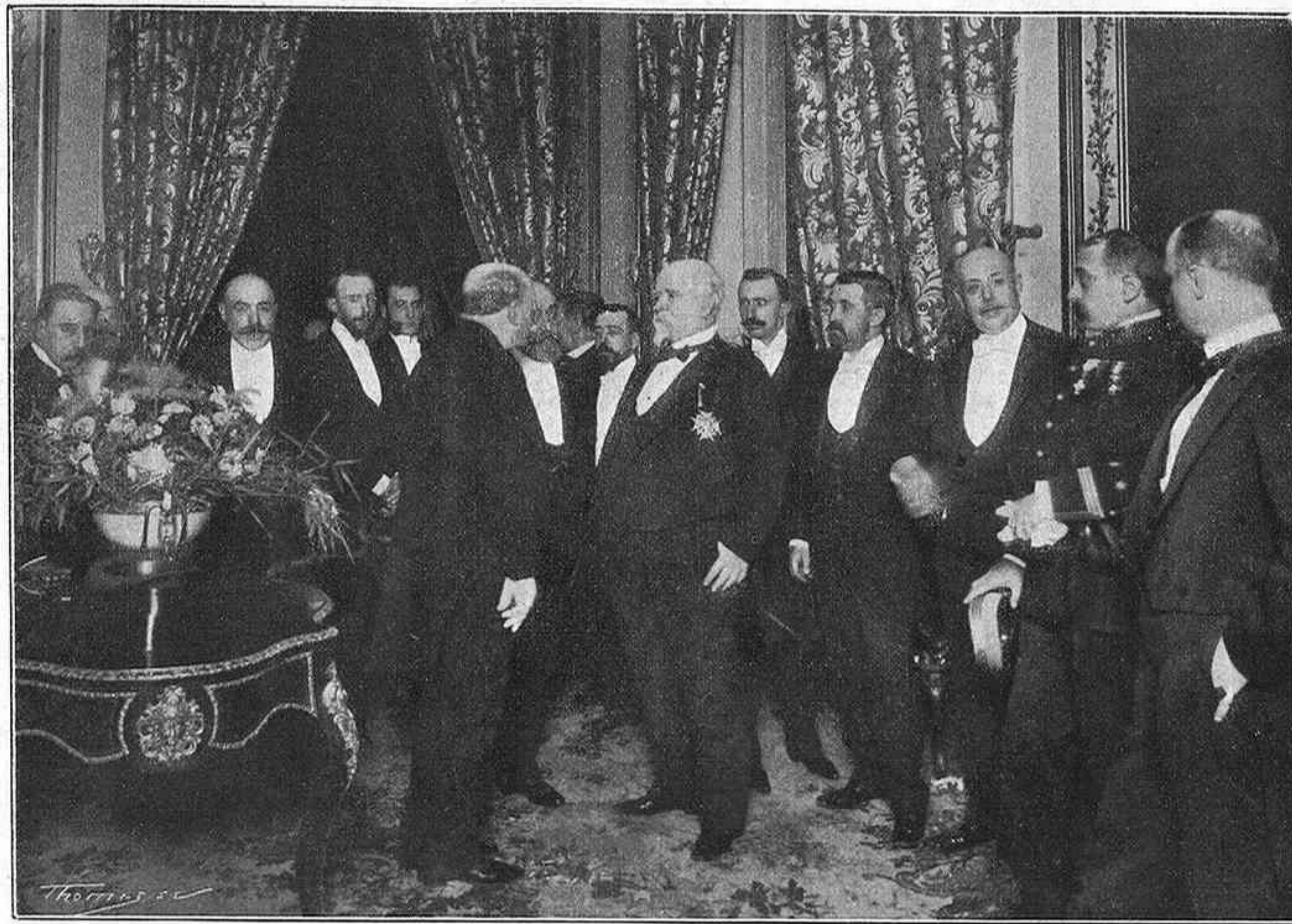
NUESTROS GRABADOS

Esperando las barcas. dibujo original de Manuel Domínguez.—«Pinta sin exaltaciones desorbitadas; concibe con gran claridad; es noble su casta de color, y una vez puesto delante del lienzo, no vacila; y si no es el caballo árabe que recorre el camino con rápida carrera, su labor, en cambio, ejecutada con calma, tiene la misma solidez y perfección al comienzo que al final.» En estos términos retrata al maestro nuestro distinguido amigo y colaborador Rafael Balsa de la Vega, y justo es consignar que tal juicio se recomienda por su veracidad y exactitud. Aquellos de nuestros lectores que hayan tenido ocasión de examinar algunas de las obras de Domínguez habrán podido apreciar cualidades de tal monta, bellezas de línea y de color, dominio, seguridad y firmeza que sólo logra poseerlos el que llega á formar parte de los elegidos, debiendo el concepto de maestría que va unido á su nombre, única y exclusivamente á sus indiscutibles merecimientos. Prenda de amistad, testimonio de consideración y afecto es el notable dibujo que figura en la primera página de este número, representando á una pescadora gallega, garrida y hermosa, recuerdo de una excursión artística á las costas del Norte de la península. Sean estas líneas manifestación de justa correspondencia.

Las cigarras, cuadro de A. Alleaume.—La obra de Alleaume que reproducimos y que fué sumamente elogiada cuando se expuso en el Salón de París del presente año, es una página artística impregnada de poesía. Mirándola se siente un penetrado de esa sensación apacible que experimentamos cuando en las tardes estivales nos refugiamos en frondosa alameda y recreamos nuestros sentidos con el airecillo que por entre las copas de los árboles murmura, con el arrullo del arroyuelo que á nuestro lado corre, con la fragancia de las flores silvestres que á nuestro alrededor se ostentan y con la contemplación del hermoso espectáculo que la naturaleza nos ofrece. El estado de ánimo que todas estas sensaciones produce hallase admirablemente reflejado en las dos figuras del cuadro, y especialmente en la que tendida sobre la verde hierba parece sumida en delicioso ensueño, mientras su compañera arranca de la guitarra

suaves acordes que se funden en los murmullos del bosque para formar con ellos dulcísima armonía.

Sevilla.—El aguador, dibujo original de Ricardo Brugada.—Dispuesto Ricardo Brugada á abandonar



CONGRESO IBERO-AMERICANO. — Te en la presidencia del Consejo de Ministros (de fotografía de Cifuentes)

Barcelona para invernar en Sevilla, en donde debe terminar una obra de importancia, ofreciéndos galantemente y á modo de afectuoso recuerdo el bonito dibujo que figura en estas páginas, trasunto de un cuadro de costumbres sevillanas, que se recomienda por el carácter de localidad y por el buen gusto é inteligencia que revela en su autor, quien ha logrado asimilarse cuanto constituye y representa el modo de ser de la ciudad andaluza. Réstanos hacer constar una vez más el aplauso que dedicamos al artista y el deseo de que el cuadro objeto de sus afanes responda á sus nobles y laudables aspiraciones.

Un rincón de Granada, dibujo original de Isidoro Marín.—Varios son los géneros que ha cultivado Isidoro Marín, pero en todas sus producciones domina el sello meridional, la jugosa y espléndida vegetación, la viveza de luz, la diaphanidad de nuestro purísimo cielo, los contrastes de coloración que ofrecen los tipos y trajes y la naturaleza siempre sonriente, pródiga y halagadora, como lo es la de Andalucía, aquel rincón privilegiado de la tierra española, en donde la providencia reunió todas las armonías y todos los encantos, en donde se realizaron los más grandes y más interesantes hechos de nuestra historia. El hermoso dibujo que reproducimos es una de tantas producciones que á modo de recuerdo de Granada, la legendaria ciudad morisca, ha ejecutado el discreto pintor, quien dedica al pueblo en que nació el resultado de su habilidad y de sus artísticas aptitudes.

En el mar, dibujo original de Antonio Fuster.—Nota agradabilísima y simpática resulta el apunte del laborioso artista palmesano Antonio Fuster, quien sin violencias ni rebuscamientos é inspirándose en el plausible propósito de obtener efectos con escasos recursos, ejecuta y produce recomendables composiciones, que, cual la á que nos referimos, se distinguen por su discreta simplicidad. Dos barcas de pesca, inmóviles en un mar terso y tranquilo, hanle servido para producir, repetimos, una nota llena de encantos que seduce y cautiva por su realidad no exenta de poesía.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—VENECIA.—La Galería de la Academia de Venecia ha adquirido una obra maestra de Palma Vecchio que se hallaba en poder de un particular en lamentable estado de abandono y que ha sido perfectamente restaurada. Representa una *Santa Conversazione* con las figuras de la Virgen, de San José, de Santa Catalina y de San Juan Bautista y es un portento de composición y de colorido.

BERLÍN.—En el Salón Schulte de la capital de Prusia se han expuesto siete cuadros del pintor español Ignacio Zuloaga que han sido la admiración del público berlinés, para quien hasta ahora era desconocido ese artista. He aquí lo que acerca de esta exposición dice en uno de los principales periódicos ilustrados alemanes un notable crítico de aquella ciudad: «En esos cuadros que contienen figuras casi de tamaño natural, de nuestros días y colocadas sin afectación alguna, impónese el artista por su seriedad, por una grandiosidad espontánea de la composición, que apenas se encuentra entre los actuales pintores españoles. Su contemplación trae á la mente el recuerdo de Velázquez y Ribera y el de los alemanes Leibl y Trübner, únicos maestros modernos que pueden ser comparados con Zuloaga y con la grandeza de sus tonos oscuros y con la simplicidad de su exposición.» La notable revista *Die Kunst für Alle* (El Arte para todos) dedica un artículo á Zuloaga, de quien dice que es un descendiente de Velázquez y de Goya, y que en sus cuadros aparece por vez primera después de mucho tiempo la España real y verdadera. Al consignar este triunfo de nuestro compatriota, LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se complace en unir sus felicitaciones á las alabanzas que público tan inteligentemente como el berlinés le ha dedicado.

Teatros.—En Berlín ha sido aplaudida con entusiasmo la notable tiple española Srita. Barrientos: los principales críticos de aquella capital emiten los más encomiásticos juicios respecto de nuestra joven y célebre compatriota.

—La nueva ópera de Leoncavallo *Zazá*, recientemente estrenada en el teatro Lírico de Milán, ha tenido un gran éxito, reputándola la crítica como la mejor obra del celebrado compositor.

París.—Se ha estrenado con buen éxito en los Bouffes-Parisiens *La Czarda*, vaudeville-opera en cuatro actos de Alfredo Delila con música de G. Fragerolles; y en el Gymnase *La poigne*, interesante drama en cuatro actos de Juan Julien.

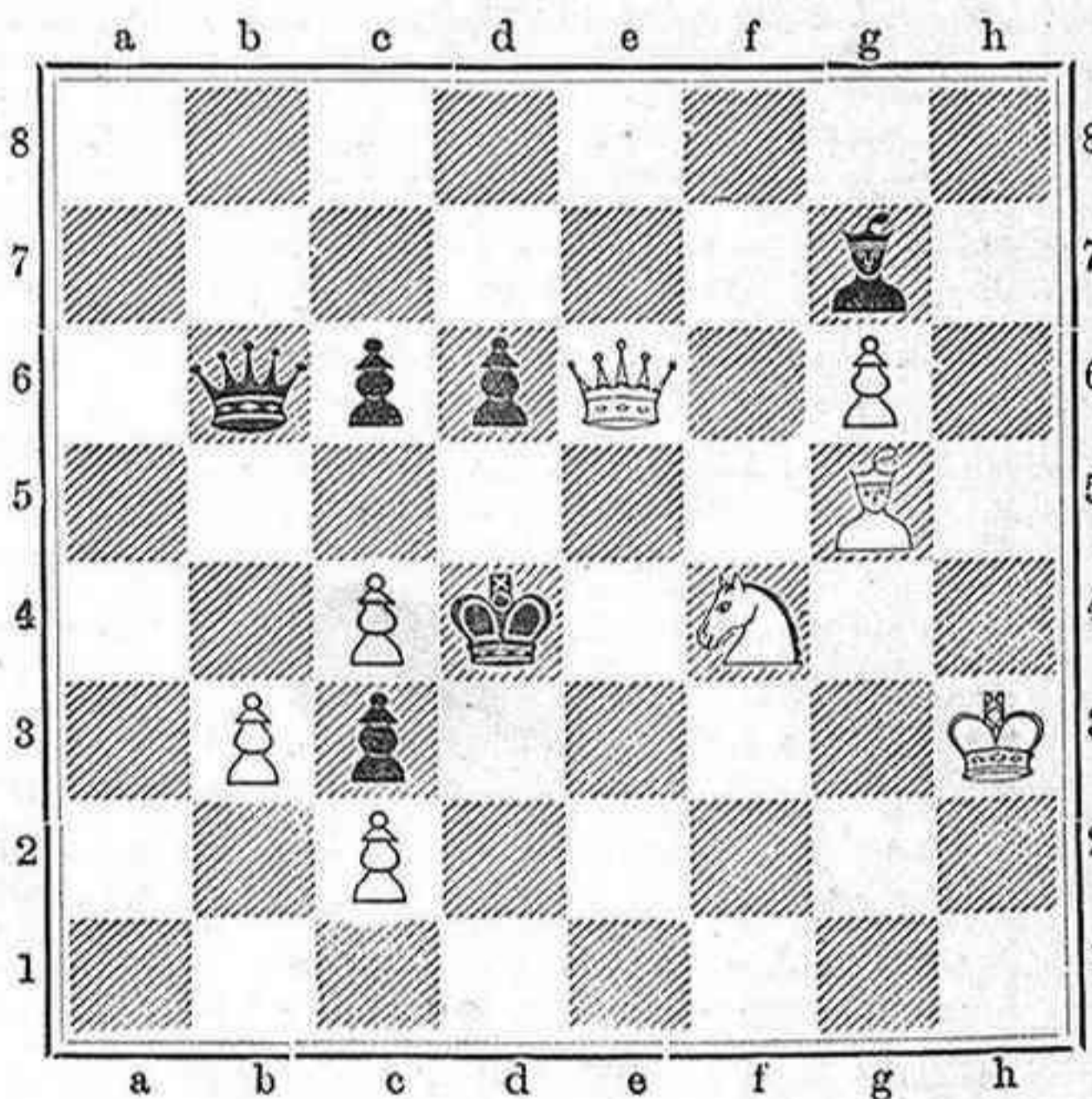
Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *En Pau de la Gralla ó la festa major de la vila*, gracioso sainete en un acto de Ramón Vidales, y en el Eldorado *El estreno*, zarzuela en un acto y tres cuadros de los hermanos Sres. Alvarez Quintero con música del maestro Chapí. En el Liceo han debutado con *Aida* las Sras. de Lerma y Parsi-Petinella y los señores Duc y Moro, habiendo sido todos muy aplaudidos, lo mismo que el maestro Goula, que dirigió la obra con su acostumbrada maestría. La Sociedad Filarmónica que con tanto acierto ha organizado y dirige el maestro Crickboom ha dado un concierto en el teatro de Novedades, habiéndose ejecutado un concierto de Bach, que tocó en el violín admirablemente el citado profesor con acompañamiento de orquesta, y varias piezas de conjunto de Greef, Mendelssohn, Bach y Grieg, que fueron sumamente aplaudidas.

Necrología.—Han fallecido: Pedro Augusto Pichon, notable retratista y pintor de historia francés, el último sobreviviente de los discípulos de Ingres. Gustavo Ranzoni, pintor de animales y paisajista austriaco. Miguel Nicolaiewitch Wassiljew, pintor de historia ruso. Alberto de Vriendt, célebre pintor de historia belga, director de la Real Academia de Bellas Artes de Amberes. Pedro Veron, notable literato y periodista francés. Carlos Monginot, celebrado pintor francés. Carlos Schenk, uno de los más ilustres filólogos austriacos.

La **CREMA SIMÓN**, cuya nombradía es universal, es la más eficaz á la vez que la más barata de todas las cremas. Medalla de oro en la **Exposición Universal de París de 1900.**

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 218, POR DR. S. GOLD
NEGRAS (6 piezas)



Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 217, POR J. SALMINGER

- | | |
|-----------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Cf3-d2 | 1. Rd6-e5 |
| 2. Td3-d5:jaque | 2. Cualquiera. |
| 3. D ó C mate. | |

VARIANTES

- 1..... Th5-h4; 2. Td3-d5:jaque, etc.
 1..... d5-d4; 2. Cd2-c4:jaque, etc.
 1..... Rd6-c6; 2. Da7-b7:jaque, etc.
 1..... Cg2-e3; 2. Cd2-c4:jaque, etc.
 1..... Otra jug.; 2. Cd2-c4 ó e4:jaq., etc.

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera **AGUA GORLIER** y los **POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA.**



Estaba sentado á ella un joven que desde luego llamó nuestra atención



EL ÚLTIMO CABALLERO

NOVELA ORIGINAL DE D. FLORENCIO MORENO GODINO. — ILUSTRACIONES DE CUTANDA

PARTE PRIMERA

I

En el año de 1872, época á que voy á referirme, había en la café de Madrid, de la villa y corte de *idem*, á la izquierda de la puerta de entrada que da á la Carrera de San Jerónimo, un gabinete que mereció ser clasificado por Gustavo Adolfo Bécquer con el nombre de *Gabinete Pompeyano*. Es lástima que en las varias reformas hechas en el café haya desaparecido aquel recinto, tan lleno para mí de recuerdos. El gabinete era no muy amplio, de forma circular, de estilo greco-romano, dominando el segundo, y en éste el color azul. Como presentaba la particularidad de estar alumbrado, además de tener otras lámparas, por una central de alabastro en forma de media luna que pendía del techo, aquella linda pieza se asemejaba á los pequeños templos de la antigüedad que en los centros de los bosques los mesenios consagraban á Lucina. Estaba algo distante de la sala grande del café, separado de ella por un cierre de cristales, que reflejando todas las luces de la localidad, producían vistosos efectos de luz.

El gabinete Pompeyano, le llamaré así por deferencia al poeta de las golondrinas, estaba poco concurrido; pues los parroquianos de aquel entonces bullanguero café preferían la animación de la gran pieza central.

Aquella época era también bulliciosa. Había terminado la primera etapa de la Revolución de Septiembre, reinaba en España D. Amadeo de Saboya y era presidente del Consejo de ministros D. Manuel Ruiz Zorrilla. Había carlistas en armas, milicianos nacionales en todas partes: unos realistas del rey, otros partidarios de la República, cuyo infalible advenimiento esperaban.

Aunque ya comenzaba la estación del veraneo, pocos se atrevían á salir de Madrid, que era donde relativamente había más tranquilidad, por más que alguna vez la turbasen agresiones más ó menos auténticas contra el jefe del gobierno ó conatos de alzamiento federal.

Al río revuelto de la revolución habían acudido á la corte muchos pejes de provincia; así era que con no salir unos y venir otros, Madrid hervía en animación. Como sucede siempre en esta bendita capital, todo el mundo pensaba en divertirse; dándosele una higa de la guerra civil, ni de los manejos de los enemigos de la nueva dinastía, ni del gobierno.

Aunque todo estaba desquiciado, todo parecía estar en caja. Se vivía al día, como siempre sucede en España.

Sin embargo, en aquella aparente tranquilidad había zozobra. Soplaban viento de inquietud, á través del cual se traslucía la siguiente interrogación, suspendida como una amenaza:

«¿En qué parará esto?»

Nosotros nos reuníamos en el gabinete Pompeyano. *Nosotros* éramos cinco ó seis buenos y bien avenidos; puesto que prescindiendo de mí, no me parece exceso calificar de buenos á Miguel de los Santos Alvarez, Gustavo Adolfo Bécquer, Ramón Rodríguez Correa; aunque también formaban parte del núcleo del gabinete Pompeyano un caballero andaluz llamado D. Pedro Agüera y el que estas líneas escribe.

En aquella época D. Pedro Agüera era tan conocido, como lo son ahora en la posteridad los primeramente mencionados. Era conocido y merecía serlo. Casi rico, casi buen mozo, casi artista, y listo, generoso y valiente sin casi, tomó una parte activa en la Revolución de Septiembre, y se distinguía de nosotros por sus ideas revolucionarias. Pero esto no obstaba para que fuese acogido con fruición en nuestro corro; pues como inteligente y bien educado que era, sabía *alternar*.

El cenáculo Pompeyano (donde nadie cenaba) comenzaba bien entrada la noche. El primero que llegaba era Bécquer, y los demás conforme íbamos dejando teatros y devaneos. Todos éramos asiduos, menos Miguel de los Santos Alvarez, que á veces faltaba dos ó tres noches.

¿Cómo olvidar aquel corro del que yo únicamente sobreviví? Aquel corro era una recopilación de noticias, un periódico hablado, un tizón y crisol de literatos y artistas. Miguel de los Santos Alvarez nos traía notas de la alta sociedad; Bécquer era el alambique crítico de la balumba literaria; Ramón Correa, que bajo su apariencia frívola todo lo descubría, como descubrió al autor de las *Cartas trascendentales*, y que bullía en las esferas políticas, nos enteraba de las causas de evoluciones y desplantes, y don Pedro Agüera, aficionado á *música* y *teatros*, nos entretenía con interesantes aventuras y chismes de bastidores. Allí se hablaba mucho de todo y poco de política, porque como no coincidíamos todos en ideas y todos nos apreciábamos, no queríamos molestarnos recíprocamente. ¡Qué tiempo aquel en que todos éramos jóvenes! ¡Qué corro tan atractivo! Y pensar que yo...

Pero al lector no le importa lo que yo pienso y recuerdo, y seguramente le pareceré pesado en entrar en materia.

II

Una noche, Bécquer y los que fuimos llegando después vimos que estaba ocupada una mesa del gabinete Pompeyano, algo distante de la nuestra. Estaba sentado á ella un joven que desde luego llamó nuestra atención. Representaba unos veintisiete años de edad. Guapo, demasiado guapo, puesto que su tez era de una finura femenina, ofrecía la particularidad de tener el pelo negro y bigote rubio, y en

su fisonomía resaltaba esa atracción simpática que no puede definirse. Vestía con elegancia y sencillez. Tenía sobre la mesa una taza de café vacía, un vaso de agua con coñac, dos ó tres periódicos, y estaba leyendo uno. Fumaba un cigarro que trascendía á habano, y á veces suspendía la lectura, quizá para oírnos, pero sin mirarnos.

Ninguno le conocíamos.

Próximamente á la una, aquel joven sacó del bolsillo un reloj que llevaba sin cadena, se levantó sin llamar al camarero ni recoger los periódicos, y se fué, saludándonos al salir. Ya de pie notamos las elegantes proporciones de su cuerpo y detalles de traje y calzado, indicios de distinción. Desde aquella noche le vimos dos ó tres seguidas en el gabinete Pompeyano, y se repitió idéntica escena. Una noche, después de irse él, nos dijo Ramón Correa:

— He notado una cosa.

— ¿Qué?

— Que ese simpático incógnito lleva una corona heráldica sobre la cifra de su petaca.

— No tiene nada de particular, observó D. Pedro Agüera; ese *barbián* (palabra que usaba mucho) por su aspecto puede ser cualquiera cosa.

El joven siguió yendo al café y nosotros en la ignorancia de quién era. Pero una noche, después de una ausencia de cuatro ó cinco, se presentó Miguel de los Santos Alvarez. Venía á nuestra mesa; mas reparando en el incógnito, se aproximó á la que éste ocupaba y habló con él breve rato.

— ¡Gracias á Dios, exclamó Correa, va á aclararse la esfinge!

Miguel, después de dar la mano al joven desconocido, se sentó á nuestra mesa.

— ¿Quién es ese?, le preguntó Correa en voz baja.

— El vizconde de Fenestrela, socio del casino.

Nos engolfamos en conversación. Miguel notó que el vizconde había cesado de leer y le dijo de mesa á mesa:

— Vizconde, haga usted corro con nosotros, si sus pensamientos se lo permiten; estos señores desean conocer á usted.

El joven, no ya incógnito, se levantó de la mesa que ocupaba y se sentó á la nuestra. Miguel hizo la competente presentación.

— Conozco de fama á estos señores por haber leído cosas tuyas, y ahora tengo suma satisfacción en conocerlos personalmente, dijo el vizconde saludándonos á todos.

Tenía una voz muy agradable, con ligero acento andaluz.

Desde aquella noche, cuando acababa de leer sus periódicos, el vizconde formaba parte de nuestra reunión. Era muy instruido, conocía al dedillo la literatura española y la francesa, y según D. Pedro Agüera, era una notabilidad como crítico musical y taurino. Hablaba de todo con calor y espontaneidad;

sólo se mostraba reservado las pocas veces que se trataba de política. Entonces callaba, pero nos oía con interés discutir; lo cual motivó el que D. Pedro Agüera me dijese una noche, estando solos:

- El vizconde de Fenestrela debe ser de la *cáscara amarga*.

Según D. Pedro, eran de la cáscara amarga todos los realistas y reaccionarios.

El vizconde se mostraba también reservado en lo referente á su personalidad.

Correa, que era el más curioso y preguntón, le dijo una noche:

- ¿Ha publicado usted algo?

- No, señor; ¿por qué me lo pregunta usted?

- Porque tiene usted muy buen gusto y mucha lectura.

- Esto último sí; paso casi todo mi tiempo leyendo.

III

Sin embargo, en dos ocasiones el vizconde medio se espontaneó.

Hablábamos por incidencia de política, y Bécquer le preguntó de improviso:

- ¿Cree usted que se consolidará D. Amadeo de Saboya?

El vizconde contestó haciendo un mohín indefinible:

- Me parece que no. Las monarquías necesitan apoyarse ó en la aristocracia ó en el pueblo, ó mejor dicho, en ambas clases á la vez; aquélla, con contadas excepciones, se aleja de la nueva dinastía, y el cuerpo colegiado de la nobleza se ha disuelto. En cuanto al pueblo, ya ve usted que inventa coplas no decentes á costa del rey. Este buen señor debe aburrirse soberanamente en Madrid.

En otra ocasión, llegó D. Pedro Agüera cuando estábamos todos reunidos y el vizconde en nuestra mesa, y exclamó con su andaluza impetuosidad:

- ¡Acabo de hacer una tontería!

- Alguna vez había de ser, dijo Bécquer.

- ¿Qué has hecho?, preguntó Correa.

- Una aleluya de la *vida del hombre malo*, la de *juega y pierde*. He jugado y he perdido cuarenta duros en casa de Silverio.

- Sólo le falta á usted eso para ser irresistible á las mujeres, observó Miguel de los Santos Alvarez. Con este motivo se habló de juego.

Bécquer le detestaba; Correa le defendía, como que sacrificaba en su altar. Ellos dos casi exclusivamente sostuvieron la polémica.

- El juego, decía Bécquer, como vicio es pueril y bajo, pues se basa en curiosidad malsana y en deseo de lucro. Como pasión es la más odiosa y egoísta.

- ¡Pero si juegan hasta los millonarios!

- Pues eso es más pueril y más incomprensible todavía. Los jugadores se asemejan á mujeres haciéndose echar las cartas ó á niños jugando á la gallina ciega. En el juego no hay ni el goce material que en los demás vicios.

- Todos; ¿qué mayor goce que ganar una puesta?

- El jugador se declara impotente y pide al azar lo que no puede adquirir por sí propio...

- Eso constituye la grandeza del juego, despreciar los medios materiales, interrogar á la providencia y desafiarla, resumir en una todas las pasiones. ¿Crees, querido Bécquer, que el jugador no goza con la expectación de ver venir la sota ó el caballo y el negro ó el encarnado? No se satisface por la avaricia de aumentar dinero, sino porque en cada puesta que recoge, ve una aspiración satisfecha, una pasión colmada: el viaje que se proyecta, el caballo que se desea, el aderezo que ofrecer á la mujer amada, la...

- ¡Música! Eso es poetizar el juego. Para el jugador neto no hay más aspiración que jugar: no tiene entrañas, ni afecciones. Yo he conocido alguno que jugaba días enteros teniendo á sus hijos sin comer, ó á tiempo que hacían á su mujer la operación cesárea.

- ¡Qué bárbaro!

- No, ¡qué jugador! El vicio del juego que asciende á pasión es la más terrible de todas por su solución de continuidad. Como no produce pérdidas materiales, no labran en ella ni el cansancio ni el hastío.

- ¡Claro! ¿Quién se cansa de perseguir *la quimera*,

Tras de que va la humanidad entera,

ó sea la felicidad? ¿Usted juega, vizconde?

Hizo éste una mueca indefinible y contestó:

- Juego alguna vez. He sido el jugador á que alude Correa, que busca un puente de plata para pasar al país del placer. Pero temiendo llegar á ser el jugador justamente anatematizado por Bécquer, me limito á la categoría de vicioso vulgar que sólo juega lo que le sobra. Y siento que hayan ustedes suscitado esta cuestión, porque *en casa del ahorcado no hay que mentar la sogá*.

IV

El vizconde de Fenestrela simpatizó especialmente con Bécquer, pero ni con éste fué expansivo. Nosotros presentáramos en aquel joven metódico y retraído, *que se pasaba leyendo la mayor parte de su tiempo*, desplazamiento moral, tristeza velada en indiferencia: algo raro, en fin, de que no podíamos darnos cuenta.

Llegó el mes de junio y el vizconde faltó los tres primeros días al café.

La tercera noche, Bécquer y yo, que ya estábamos en el gabinete Pompeyano, se lo hicimos notar á Correa, que acababa de llegar.

- ¡Buena señal!, exclamó éste.

En aquel momento se presentaron Miguel de los Santos Alvarez y D. Pedro Agüera, el cual dijo:

- Esta tarde he visto en los toros al vizconde de Fenestrela.

- ¡Buena señal!, repitió Correa.

- El vizconde entraba en el casino ahora cuando yo salía, dijo Miguel.

- ¡Buena señal!, volvió á repetir Correa.

- ¿Qué significan esas señales?, pregunté yo á Correa.

- Pues nada, contestó éste, que hoy traigo algo que decir á ustedes respecto al vizconde. He penetrado en su interior, por casualidad he averiguado algo de su vida y milagros.

- ¿Pues cómo?, dijo D. Pedro Agüera.

- Oiganme ustedes y dejen las interrupciones para el Congreso de diputados, repuso Correa. Las interrupciones me cortarían el hilo de la narración, que me parece que va á ser bastante interesante; porque el tal vizconde resulta un... un excéntrico en los tiempos que corren.

- ¡Vaya!, interrumpió D. Pedro Agüera.

Le impusimos silencio y nos agrupamos más en torno de Correa: esperábamos mucho de su iniciativa investigadora.

Satisfecho del interés con que nos disponíamos á escucharle, Correa prosiguió diciendo:

- Sabrán ustedes que dejo mi perennal casa de huéspedes... No se disgusten por esta digresión, que es precisa. Sí, dejo mi tradicional hospedaje de la calle de la Montera, porque la patrona, nueva Locusta, nos va envenenando lentamente con sus gatzofias.

- ¡Al grano!, exclamó Bécquer.

- He determinado poner casa...

- ¡Buena señal!, interrumpí yo imitando á Correa.

- Ando acechando un cuarto bueno, bonito y barato en el barrio de Salamanca, que es el de mi predilección, é interinamente me hospedo en el Hotel de Oriente.

- ¿Dónde vive el vizconde?, dijo Bécquer.

- Precisamente, y por esta circunstancia y por la de estar *ma chambre* no muy distante de la suya, tengo la satisfacción de que ahora me oigan ustedes con interés...

- Es usted un barbián algo difuso, observó don Pedro Agüera.

- ¡Paciencia, amigo D. Pedro! Estoy ensayándome en la novela. En efecto, el vizconde de Fenestrela habita, ó mejor dicho, según locución suya, *vegeta* en el hotel de Oriente con un ayuda de cámara, y resulta, por los informes del dueño del hotel, el huésped más *inofensivo*. Ya saben ustedes que yo me pinto solo para buscar lenguas, y he hecho hablar al ayuda de cámara del vizconde, que es un viejecito muy limpio y muy amable, que llora de emoción cuando habla de su amo, que para él es un prodigio de virtud y de honradez. Sería interminable este relato si le refriese tal como me le contó el fiel criado. Voy á sintetizar en estilo novelesco, y así me dirán ustedes con franqueza si sirvo para este género de literatura.

Correa tomó un sorbo de agua, guiñó los ojillos, según tenía por costumbre cuando narraba, y prosiguió diciendo en tono enfático:

«A la muerte de su padre, el vizconde de Fenestrela heredó una masa de bienes, consistentes en casas en Sevilla y Jerez y predios rústicos en Cantillana y Santiponce, en donde, según parece, está el panteón de su familia, que representaba una renta de más de cuarenta mil duros; y como hubiéramos hecho cualquiera de nosotros, fué á gastársela á París. Las excursiones, las mujeres, los caballos, según parece también las obras de caridad, y más que todo el juego, del que el vizconde está muy picado, consumieron en corto espacio de tiempo aquella considerable fortuna; lo cual prueba, como dice Eugenio Sué, que los verdaderamente caballeros debían encontrar la piedra filosofal. El vizconde se arruinó noblemente, y por lo que me resta que decir comprenderán ustedes la altiva rectitud de su carácter.

El respeto al nombre de su familia, que pertenece á la más encopetada aristocracia andaluza, impidió que consumase su total ruina; pues jamás quiso vender ni gravar con hipoteca las propiedades que poseía en Santiponce, procedentes de la herencia de su madre.

»En las postrimerías de su fortuna, resistió á todas las tentaciones, incluso la del juego, y se reservó quince mil pesetas de renta anual.

- «¿Comprende usted esto?, me dijo el ayuda de cámara al referírmelo: arruinarse lo hacen muchos, pero detenerse en el camino de la perdición, siendo tan manirroto, tan voluntarioso como lo es mi amo, sólo lo hace él.»

»El vizconde tiene un hermano mayor que lleva el título patronímico de su casa. Es marqués de Gualindo y grande de España. Está entroncado con la familia napolitana de los duques de B... y de ésta procede el título de vizconde de Fenestrela, reconocido y sancionado por la corona de Castilla. El marqués de Gualindo es un caballero chapado á la antigua, que ha conservado su gran fortuna, y que tiene una buena casa palacio en Jerez y una magnífica posesión junto á Coria del Río, en donde vive... retraído por la Revolución de Septiembre...»

- Tengo informes referentes á ese tal marqués, interrumpió Agüera. No está mal peje. Su retraimiento no le impide conspirar en favor del niño.

El niño era el que fué después Alfonso XII.

Impusimos silencio á D. Pedro, y Correa siguió diciendo:

«Segun parece, el marqués de Gualindo quiere mucho á su hermano, y no sin gran dificultad en demostrarle que un caballero no se denigra por recibir dádivas del jefe de su familia, ha conseguido que éste acepte cinco mil pesetas anuales, que unidas á las quince mil que le quedan, constituyen una renta de veinte mil. Pero el vizconde se considera pobre con esta renta, y como nunca ha querido contraer deudas, resolvió metodizar su vida y reducirse á los límites de su *pobreza*. «Viviré bien los pocos días que pueda - se dijo; - lo restante del tiempo vegetaré.»

»Trazóse un plan, hízose cobrar su renta por mensualidades, y ahora voy á explicar cómo vive y cómo *vegeta* el vizconde de Fenestrela.

»¡Ah! Se me olvidaba un detalle. Pedro, que así se llama su ayuda de cámara, está rico; la esplendidez de su amo durante muchos años de servicios, le ha permitido reunir considerables ahorros. En una ocasión se atrevió á decir: «Cuando el señor vizconde necesite dinero, yo tengo, y mucho, á su disposición.»

»Su amo le contestó entre cariñoso y severo:

- «¡Gracias, Pedro!; pero te prohíbo que vuelvas á hacerme semejante oferta.

»¡Tal amo, tal criado!»

V

«Lo primero que hizo el vizconde para metodizar su vida, fué alejarse de París. «Pedro - dijo al ayuda de cámara, - esta ciudad es una perdición. Vámonos á Madrid, donde no hay tantas tentaciones. Además allí tenemos que trabajar por el rey.

»Ahora - siguió diciendo Correa, - como documento interesante que simplificará este relato, probando mi veracidad, voy á leer á ustedes la siguiente cuenta, copiada del libro de asientos del ayuda de cámara. Dice así:

CUENTA DEL MES DE....

	Pesetas
Hospedaje del señor vizconde.	360
Toilette y baño á domicilio.	150
Cuota del <i>Veloz</i> y casino y parte de abono en el Real.	53
Pensión á la nodriza que fué del señor vizconde.	90
Mensualidad entregada al señor cura de San Ginés para socorro de los pobres de la parroquia.	50
Comité Alfonsino.	40
Caja de cigarros habanos para consumo del señor vizconde.	150
Gastos de café del señor vizconde.	60
Abono á la lectura de libros.	3
Periódicos para el señor vizconde.	8
Hospedaje y salarios míos.	170
Pupilaje del caballo del señor vizconde.	20
Gastos extraordinarios.	40

SUMA. 1194

Concluyó de leer Correa, y D. Pedro Agüera exclamó dándole un golpecito en la nuca:

- ¡Es usted el barbián de la investigación!

Correa hizo un gesto de satisfacción por el interés con que le oíamos, y siguió diciendo:

«¡Atención! Ahora llega lo gordo. Arruinarse, no es raro; detenerse en el camino de la ruina, lo han

hecho algunos pocos; pero ascender á la categoría de tipo por los procedimientos del vizconde... En fin, no quiero ser difuso. ¡Atención!

»El día 1.º de cada mes, el ayuda de cámara cobra la renta del vizconde en casa de un banquero, se reserva lo necesario para el gasto mensual y entrega á su amo lo restante. Éste se levanta relativamente temprano, se viste con esmero, almuerza en uno de los mejores *restaurants*, monta á caballo, por poco que el tiempo lo permita, y pasea por el Retiro y Recoletos. Terminado el paseo, juega en el casino, aunque es también socio del *Veloz*, porque en aquél se atraviesa más dinero. Si gana, come en el establecimiento más en boga, vuelve á su casa á vestirse, va al teatro Real ó al Español y visita los palcos más *notables*. Después del teatro, vuelve al casino á jugar. Si sigue ganando, hace la misma vida al día siguiente.

»A esto llama el vizconde *vivir bien*.

»Pero lo regular es perder, y entonces no vive; según él, *vegeta*.

»He aquí cómo:

»Se levanta á las seis de la tarde, se baña, come en su cuarto, servido por su ayuda de cámara. A las nueve, próximamente, sale del hotel de Oriente, sigue la acera izquierda de la Puerta del Sol, atraviesa la embocadura de la calle de Alcalá y por la Carrera de San Jerónimo se viene aquí, donde nosotros tenemos el gusto de verle. El camarero, que recibe dos pesetas diarias por un consumo de ochenta ó noventa céntimos, le sirve el café, la papelería, anticipadamente pagada, le trae los periódicos, y el vizconde, encendiendo uno de los seis cigarros que se permite fumar diariamente, lee hasta que hace corro con nosotros. A última hora suele tomar un vaso de cerveza, y como ustedes han visto, á la una vuelve al hotel por el mismo camino. Se acuesta, lee en la cama obras de imaginación, pero trascendentales, hasta que después de bien entrado el día procura dormir. Almuerza en la cama, y sigue acostado hasta por la noche.»

—¿Pero es verdad lo que nos cuenta usted?, exclamó D. Pedro Agüera, que desde las diez de la mañana andaba por Madrid persiguiendo mujeres y noticias políticas.

—Tan cierto como el que mañana amaneceré sin un céntimo, si Dios no lo remedia, contestó Correa. Y déjenme ustedes concluir.

«El vizconde no varía ni en un ápice el género de vida que he descrito. No debe nada á nadie, ¡dichoso él! No hace ni recibe visitas, no acepta ningún convite de sus amigos y parientes del *Veloz*, si no está seguro de devolverle.

»Es un filósofo.

»Su hermano el marqués desea que viva en su compañía; pero al vizconde sólo le gusta el campo y la provincia á cortas temporadas. Sin embargo, pasa el verano en casa de aquél, en Jerez ó en Coria del Río, lo cual le permite hacer economías para atender á la renovación de sus trajes y ropa blanca. Ha podido casarse en Andalucía con muchachas guapas y ricas, y en París con alguna de esas aventureras opulentas que compran títulos y blasones; pero al vizconde no le gusta ser *pescador de dotes* ó de fortunas, entre otros motivos por temor de jugarlos. Porque como él ya ha dejado traslucir, aún no está curado de la pasión del juego. Otro detalle: por indicación del duque de B..., tío del vizconde, que reside en Nápoles y está muy metido con la familia real italiana, el rey D. Amadeo llamó á Fenestrela para ofrecerle un puesto en palacio y pedirle que le ayudara á captarse las simpatías de los españoles; mas parece ser que el vizconde dijo al rey, poco más ó menos, lo que Cánovas del Castillo: «Señor, tengo compromisos anteriores.»

—Sí, es de la cáscara amargá, murmuró D. Pedro Agüera.

—Puesto que el vizconde no viene al café, es señal de que gana y aún no se ha metido en su concha, repuso Correa. Y ahora ustedes dirán si he estado pesado, y qué opinan de mi compañero de puplaje del hotel de Oriente.

—Que es un excéntrico mayúsculo.

—Un *rara avis*.

—Un *chiflado*.

—Un caballero, resumió Miguel de los Santos Alvarez.

Dos días después del relato de Correa, los que fuimos llegando al gabinete Pompeyano vimos al vizconde leyendo sus periódicos.

¡Mala señal!

Con motivo de lo que sabíamos de él, se nos hizo aún más simpático. Era un carácter. No podíamos comprender sin dificultad que aquel joven guapo, ilustre y relativamente rico, se resignara por honra-dez á hacer su vida filosófica.

A mediados de julio, el vizconde se despidió de nosotros. Iba, según costumbre, á pasar el estío con su hermano.

Bécquer también se fué á Andalucía á veranear á casa de un primo hermano que tenía en Jerez; don Pedro Agüera marchó á Sanlúcar, de donde era natural, y Ramón Correa hizo un viaje á París acompañando á D. José Salamanca.

Sólo quedamos en Madrid Miguel de los Santos Alvarez y yo; de suerte que nuestra reunión nocturna se deshizo.

Pasó el verano. A principios de noviembre Miguel y yo recibimos una carta de Bécquer en la que decía: «He vuelto; estoy, como siempre, en mi apostadero del gabinete Pompeyano, y espero á ustedes con ansia.»

A fines de octubre llegó á Madrid D. Pedro Agüera, y Correa algunos días después.

Se reconstituyó el cenáculo; pero ninguno volvimos á ver al vizconde de Fenestrela. Bécquer le había visto en Andalucía, y nos contó la historia que yo voy á contar al lector, por típica, si no por interesante.

PARTE SEGUNDA

I

El vizconde pasó el mes de julio en Coria del Río, en la quinta de su hermano, haciendo algunas excursiones á Jerez.

Se dedicaba, como siempre, á leer y cazar. Provisto de una escopeta, llevando algún libro en el morral de caza y acompañado por un perro de su hermano, se pasaba en el campo la mayor parte del día.

Porque la vida doméstica del marqués de Gualindo, viudo y sin familia, ofrecía pocos atractivos.

El vizconde cazaba, y cuando se cansaba de este ejercicio, buscaba una umbría, de las pocas que hay en el término de Coria, y leía libros y periódicos. Bien caída la tarde volvía á la quinta; comía con su hermano, si éste no se hallaba en Jerez, como frecuentemente sucedía; jugaba al ajedrez con un médico del pueblo que les hacía la tertulia, ó al tresillo si el marqués estaba en la quinta, y se acostaba temprano, para el día siguiente hacer poco más ó menos la misma vida.

La verdad era que el vizconde se aburría. Los que están acostumbrados al tráfigo de las grandes poblaciones se aclimatan con dificultad en el campo. En una ocasión me dijo Bécquer en el *Monasterio de Piedra*: «Me parece que me han transportado á otro planeta.» Quizá el vizconde echaba de menos su cuarto del hotel de Oriente, sus travesías por la Puerta del Sol, sus efímeras *metidas* de principios de mes en el casino de Madrid y nuestras pláticas del gabinete Pompeyano.

El campo aumenta la contrariedad del que no vive satisfecho.

A fines de julio el marqués de Gualindo recibió una carta de Nápoles. El notario del duque de B... le informaba de que éste había muerto de apoplejía fulminante, legando su fortuna por partes iguales á sus sobrinos el marqués de Gualindo y el vizconde de Fenestrela. El notario especificaba esta fortuna, consistente en un palacio en Nápoles y fincas de alquiler. Otro palacio en Roma, una pesquería en la Margelina y acciones en los Bancos de Roma y Milán, que en conjunto producían una renta de cien mil liras, poco más ó menos, y como posdata añadía el siguiente párrafo: «La herencia no ofrece complicaciones; sin embargo, y esto lo sé extraoficialmente, es posible que surja alguna reclamación por parte de una parienta del duque. Convendría que alguno de ustedes viniera á Nápoles ó que mandasen persona autorizada.»

Dos días después el marqués recibió otra carta, fechada en Torre-Anunziata, que decía:

«Escribo á usted con motivo del fallecimiento del duque de B... Tengo el honor de pertenecer á su familia. Ruego á usted que si viene á Nápoles para hacerse cargo de la herencia ó manda alguna persona, se vea antes conmigo para cumplir un deber de justicia. — *Sabina Vintimiglia*.»

Y daba las señas de su domicilio.

—¿Vintimiglia era el segundo apellido del duque?, dijo el vizconde á quien su hermano leyó esta carta.

—Sí, contestó el marqués, y esta debe ser la parienta á que alude el notario.

Hablaron de la herencia. El marqués estaba pensativo y dijo:

—Bien sabe Dios que hubiera deseado que nuestro tío viviese muchos más años y que no contaba con semejante herencia, que me satisface más por ti que por mí, pues te pondrá algo á flote. Convendría

que uno de los dos fuésemos á Nápoles, porque veinte mil duros de renta no son de despreciar... Pero á mí me pesan ya mis cuarenta y cinco años. Además, tengo que hacer aquí: la restauración *está al caer*. Quisiera que fueras tú, si no tienes inconveniente.

—Sólo el de separarme de ti; lo mismo me da estar aquí que en cualquiera parte.

Quedaron convenidos en que á principios de agosto el vizconde partiría para Italia.

Trasladáronse á Jerez para arreglar asuntos y detalles de viaje, y como Bécquer hallábase en Jerez, según sabemos, el vizconde le presentó á su hermano, y á los pocos días volvió solo á Coria, y volvió á entregarse á sus cacerías y lecturas.

La verdad es que al vizconde no le desagradaba su viaje á Italia, pensador é inteligente como era. Le esperaba una ciudad populosa, y se dedicó con más calor á sus ejercicios habituales, como si quisiera llevarse recuerdos de la vida campestre.

II

Una mañana, dos días antes de su viaje, salió el vizconde al campo muy temprano, provisto de escopeta, morral y en éste un libro y periódicos, y su perro.

El cielo estaba ligeramente nublado y el tiempo relativamente fresco, porque soplabla brisa del Guadalquivir. Mas no bien tomó fuerza el sol, disipáronse las nubecillas y cesó el aire del río.

Los grillos y las cigarras cantaban estrepitosamente; las golondrinas rozaban la tierra; agrietábanse las hojas de las pitas de los vallados, y las cigüeñas, que vuelan reposadamente, batían las alas como abanicándose con ellas: señales todas infalibles de calor.

Se preparaba uno de esos terribles días de Andalucía, en los que parece que ascuas invisibles caldean la atmósfera.

El vizconde comprendió que no podía permanecer en la solana del campo de Coria, y buscó su habitual refugio, que era un bosque perteneciente á su hermano, situado al otro lado del Guadalquivir.

Allí había sombra, agua y caza.

Hizo, pues, que uno de los barqueros que atracan frente al pueblo le llevara á la orilla opuesta, encargándole que volviera á buscarle á la caída de la tarde.

Al vizconde no le preocupaba el almuerzo, porque era parroquiano de un ventorrillo cercano al bosque, establecido junto á una senda que conduce á la estación de *Dos Hermanas*. Allí había huevos de todas clases, succulentos chorizos cocidos, sabrosos gazpachos y ensaladas, vino blanco de la tierra y hasta tinto de Valdepeñas, todo aliñado con el condimento mejor, cual es el aire del campo.

Entróse en el bosque, que se asemejaba á un oasis de frescura. Cazó primero y leyó después. Aquel día, quizá pensando en su próximo viaje, llevaba un libro italiano, *I promessi sposi*, de Manzoni.

Este precioso idilio le causó mucha impresión; suscitó en él ideas que algunas veces le asaltaban. Aun los célibes más contumaces piensan en ocasiones en el regazo

De la feliz enamorada esposa,

en el bullicio y charla de los niños que alegran la casa y en los detalles de la vida de familia. El vizconde no había querido casarse por razones que ya conocemos, mas no porque fuese refractario al matrimonio.

No quiso casarse porque nunca se había enamorado.

Leyó, volvió á cazar, almorzó en el ventorrillo, se alargó hasta la estación del ferrocarril para ver á los viajeros, jugó con su perro, y en estas distracciones pasó el día pensando alguna vez en la felicidad de *I promessi sposi*, y por ende en Italia.

Caía la tarde con esa rapidez andaluza en que parece que los crepúsculos se atropellan. El vizconde fué á la orilla del río, en donde ya debía esperarle el barquero, para trasladarle á la opuesta.

Pero el barquero no estaba, ni se veía ninguna otra barca en el Guadalquivir.

Esperó, empezando á impacientarse; porque el marqués de Gualindo comía siempre á las siete y media, y ya se aproximaba esta hora.

El vizconde estaba inquieto de impaciencia y además sofocado. Como sucede en los crepúsculos vespertinos de verano, el calor arreciaba.

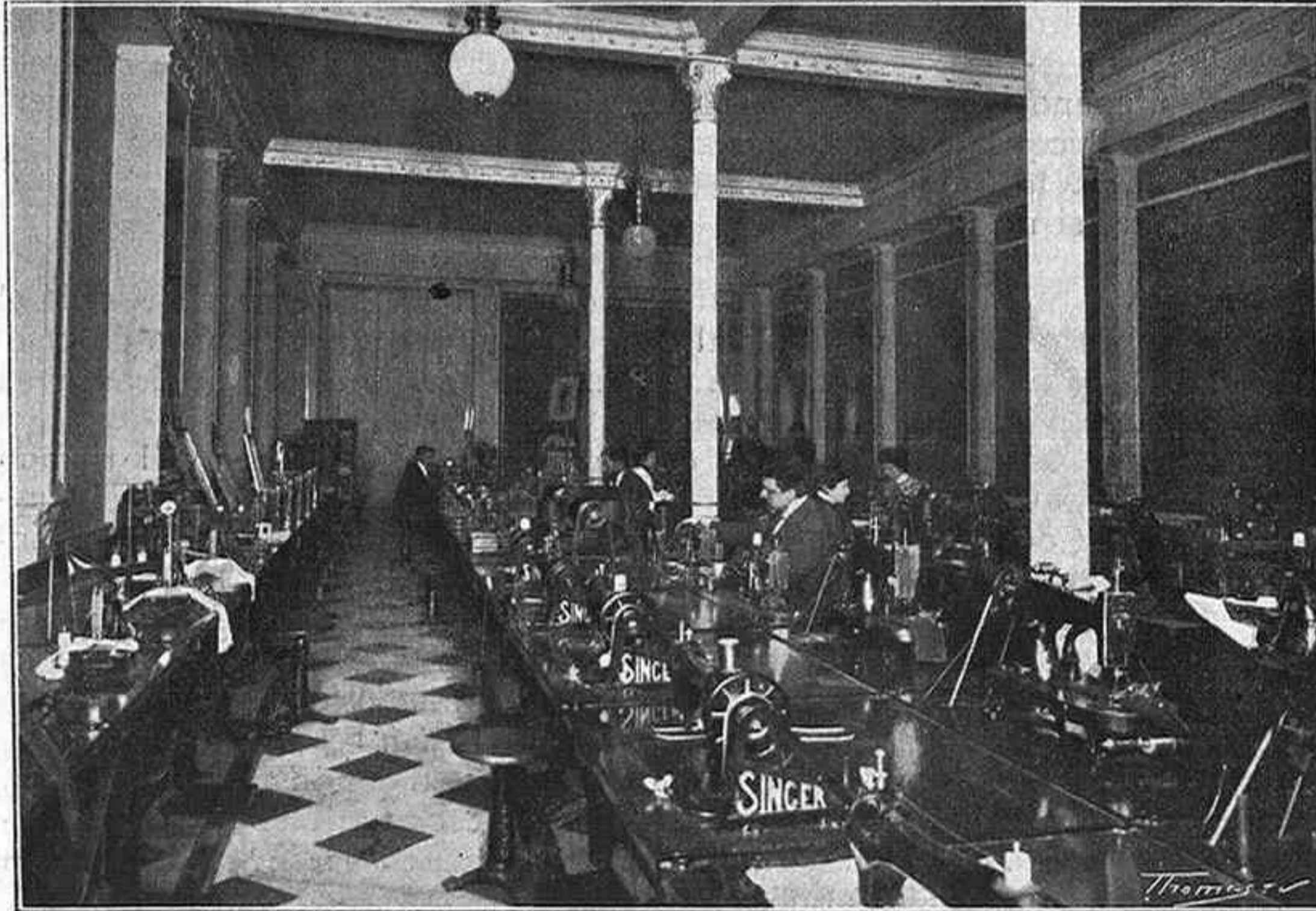
Súbito, vió moverse dos objetos en la superficie casi inmóvil del río; avanzaban agua arriba. El perro del vizconde se puso á ladrar. Cuando los dos objetos se aproximaron más al sitio en que estaba éste, distinguiólos claramente.

(Continuará)

La sucursal de la casa SINGER en Barcelona



Con la instalación de la «Exposición Fabril y Artística» en la calle de Fernando VII, núm. 36, la poderosa casa Singer ha señalado la grandiosa perfección alcanzada por las máquinas de coser de su famosa marca; ha dado elocuente testimonio del portentoso desarrollo de las que siendo en un principio exclusivo patrimonio de la familia y sólo aplicables á la labor de coser, gracias



BARCELONA. — Vista de la «Exposición fabril y artística Singer» (Fernando VII, 36) inaugurada con brillante éxito el 20 de octubre último

á la iniciativa, constancia y talento industrial de un hombre emprendedor, han invadido hoy infinidad de industrias y pueden adaptarse á inmensa variedad de labores.

En efecto, en el grabado que representa la vista de la Exposición pueden apreciar nuestros lectores más de 150 modelos de máquinas, colocados por secciones sobre bancos movidos por fuerza motriz ó bien aislados y movidos á pie, de diferentes formas y dimensiones, propios para toda clase de material que deba coserse — desde la fina batista á las lonas, cartones y cueros más resistentes y gruesos — y susceptibles de ser adaptados á las exigencias y conveniencia práctica de infinidad de industrias.

Cada máquina contiene una muestra de la labor que ejecuta, y en lujosos plafones, vitrinas y caballetes se exhibe una rica y variada colección de labores que causan la admiración del público, pues son verdaderas obras de arte algunas de ellas, ejecutadas todas con máquinas «Singer» por señoritas de la casa.

La falta de espacio nos priva de ocuparnos con la extensión que desearíamos de un hecho tan importante; aunque por otra parte, habiéndolo verificado toda la prensa local y especialmente en atinados artículos el *Diario del Comercio*, *El Noticiero Universal* y el *Correo Catalán*, á las columnas de estos apreciables colegas remitimos á nuestros lectores que deseen estudiar minuciosamente tan útil concurso; pero al terminar estas líneas felicitando á los concesionarios de la casa «Singer» en España, Italia y Portugal, Sres. Adcock y Compañía, á su representante Sr. Velasco Rojo y al digno gerente de esta sucursal D. Tomás Lluas Cabrelles, por el éxito obtenido con la Exposición inaugurada, copiare-



BARCELONA. — Vista del antiguo despacho y oficinas de la antigua sucursal de la casa «Singer» (Fernando VII, 36) y grupo de los principales empleados

mos, por considerarlo autorizada síntesis del objeto de ella, uno de los párrafos del *Diario del Comercio*.

«Ante la grandiosidad de la «Exposición Fabril y Artística Singer» y al recordar que las máquinas de coser de esta famosa marca fueron las primeras que visitaron el hogar doméstico, resolviendo en algunas familias el vital problema de la subsistencia, no es aventurado vaticinar que en los actuales momentos puede ser esta variedad de máquinas la solución del problema vital de la gran familia de la industria catalana; puede influir poderosamente en modificar la profunda crisis fabril que atraviesa esta región.»

PROYECTO DE EDIFICIO PARA EL «CÍRCULO MALLORQUÍN» DE PALMA DE MALLORCA

Hace algún tiempo la antigua y distinguida sociedad «Círculo Mallorquín», establecida en Palma de Mallorca, resolvió reformar su local social; y á fin de adoptar el mejor proyecto, convocó un concurso público, al que se presentaron nueve trabajos, algunos de ellos verdaderamente notables.

El primer premio ha sido concedido al proyecto que llevaba por lema «Almudayna», cuya fachada reproducimos y que ha resultado ser original de los arquitectos barceloneses D. Luis Callén y D. Miguel Madorell. Este proyecto se impuso desde el primer momento por la sencillez y acierto con que están resueltas las plantas, á pesar de las dificultades que esto ofrecía, pues aparte de que el casino tiene fachadas á dos calles muy desniveladas, era preciso respetar la forma y la disposición de los pórticos de la calle de Palacio y del salón de fiestas, tal como hoy se encuentra, pues ambas condiciones eran impuestas al programa y constituían dos pies forzados para el proyecto.

Las fachadas del proyecto que nos ocupa son de estilo moderno con algún sabor gótico: la principal, ó sea la de la calle del Conquistador, que es

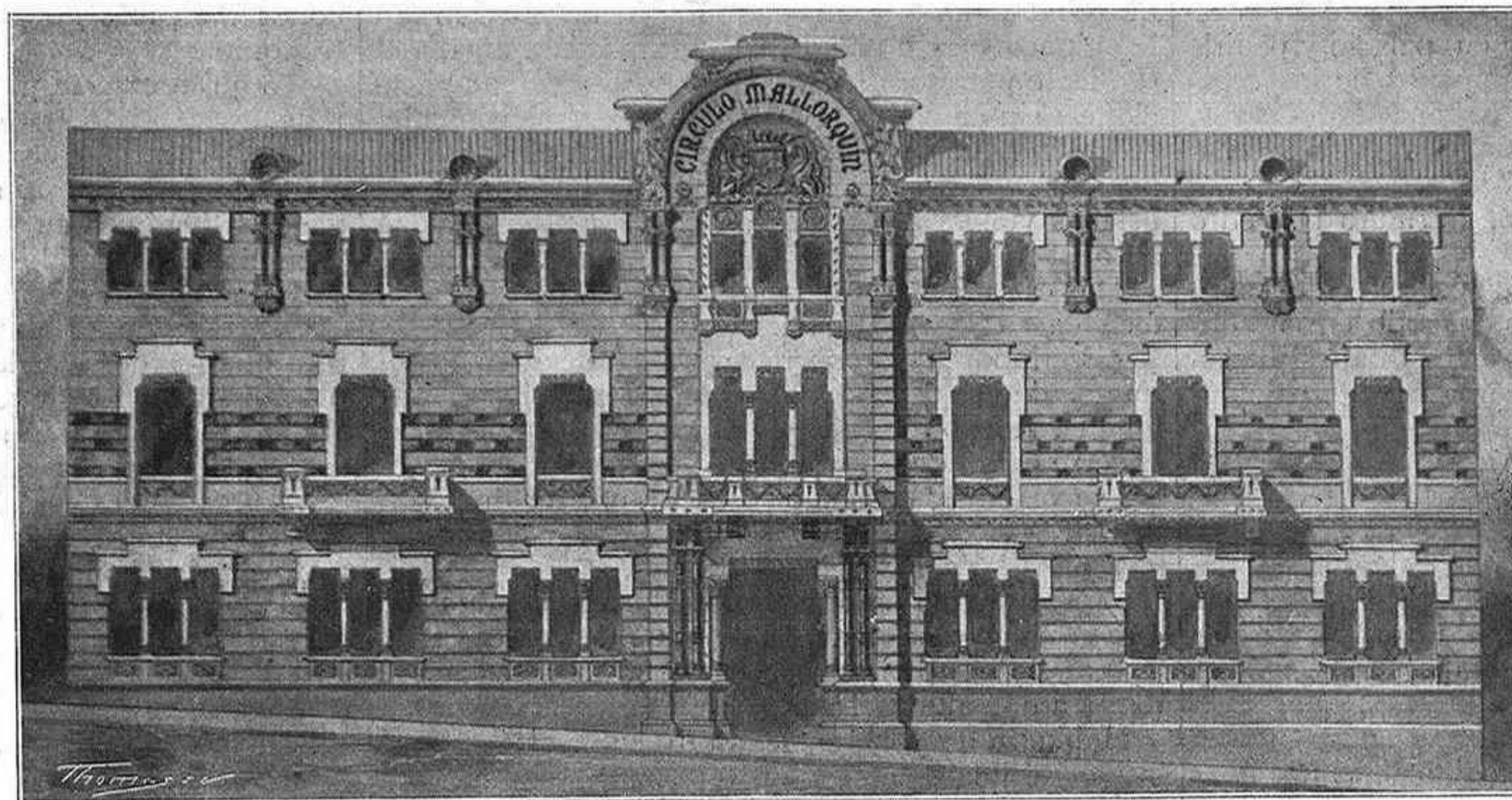
la que reproducimos, es monumental y severa de líneas; en ella predomina el macizo sobre el hueco y está dibujada exclusivamente con las masas. La de la calle de Palacio es muy ligera; y aun cuando en ella domina también el macizo sobre los vanos, se ha disimulado esto con la colocación de tres grandes cuadros esgrafiados que representan tres hechos importantes de la historia de Mallorca.

El sistema de construcción que en este edificio se sigue es el generalmente empleado en la isla; sin embargo se introduce algún elemento nuevo en aquella localidad, como por ejemplo las soleras de rasilla para los tejados, la decoración por esgrafiados, la aplicación del fayence como adorno de las fachadas, etc.

El presupuesto para la obra es de 210000 pesetas.

El segundo premio del concurso fué otorgado al arquitecto barcelonés don Pascual Sanz.

Puede, pues, el «Círculo Mallorquín» estar satisfecho del resultado del concurso: desde estas columnas le enviamos nuestra enhorabuena por sus iniciativas, y se la enviamos también á los Sres. Callén y Madorell por el éxito que han alcanzado con sus trabajos. — L.



Proyecto de edificio para el «Círculo Mallorquín» de Palma de Mallorca, original de los arquitectos barceloneses D. Luis Callén y D. Miguel Madorell y premiado en el concurso celebrado en aquella capital

SECCIÓN DE ANUNCIOS

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

ANTI-ASMATICOS BARRAL
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.

FUMOZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida
curación de las Afecciones del
pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.— Precio : 12 REALES.



ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS

PANCREATINA
DEFRESNE
POLVO
Adoptada por la Armada
y los Hospitales de París.
DIGESTIVO el más poderoso
el más completo

ENFERMEDADES
del ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.

EN TODA CLASE de VÓMITOS y DIARREAS
y en toda clase de
indisposiciones
del tubo digestivo.
adoptados de R. O.
por los Ministerios
de Marina y de
Guerra.
LOS RECOMIENDAN
INDISCUTIBLES
AUTORIDADES MÉDICAS

Jarabe de Digital de
L LABELONYE
contra las diversas
Afecciones del Corazon,
Hydropesias,
Toses nerviosas;
Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los
Ferruginos contra la
Anemia, Clorosis,
Empobrecimiento de la Sangre,
Debilidad, etc.
G rageas al Lactato de Hierro de
G GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

Ergotina y Grageas de
E ERGOTINA BONJEAN
HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO
que se conoce, en pocion ó
en inyeccion ipodermica.
Las Grageas hacen mas
fácil el labor del parto y
detienen las perdidas.
Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de París
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

EL APIOL de los D^{res} JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS



En el mar, dibujo original de Antonio Fuster

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE
al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Espediciones : J.-P. LAROZE & C^{le}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

AVISO A
LAS SEÑORAS



**EL APOL DE LOS
JORET-HOMOLLE**

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

FA^{ic} BRIANT 150 R. RIVOLI
PARIS
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.



KANANGA-OSAKA
V. RIGAUD
8, rue Vivienne, PARIS

Agua de Tocador
KANANGA-OSAKA
de deliciosa frescura conserva al
cutis la incomparable nitidez de la
juventud.

ESENCIA KANANGA-OSAKA
JABÓN KANANGA-OSAKA
POLVOS DE ARROZ KANANGA-OSAKA

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR
prescrito por los Médicos.

Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de : Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.

102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero.) Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN